

# Todo por Gracia

Charles H. Spurgeon

Ganadores de Hombres  
Lecturas Matutinas  
Libro de Cheques del Banco de la Fe, Edición Revisada  
Según la Promesa  
Doce Sermones Doctrinales  
Doce Sermones Evangélicos  
Doce Sermones sobre la Resurrección  
Sermones Selectos Vol. I  
Sermones Selectos Vol. II  
Sermones Selectos Vol. III  
Sermones Selectos Vol. IV  
Sermones Selectos Vol. V  
Sermones Selectos Vol. VI  
Sermones sobre la Segunda Venida  
Sermones y Bosquejos sobre la Cena del Señor  
Tesoro de David, Vol. I  
Tesoro de David, Vol. II

# Todo por Gracia

Charles H. Spurgeon



**EDITORIAL CLIE**

Galvani, 113  
08224 TERRASSA (Barcelona)

**TODOS POR GRACIA**

© por EDITORIAL CLIE para esta edición castellana-2000  
Depósito Legal: B. 49.163-2000  
ISBN: 84-8267-190-1

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,  
E.R. nº 2.910 SE– Polígono Industrial Can Trias,  
C/Ramon Llull, 20– 08232 VILADECALLS (Barcelona)

*Printed in Spain*

Referencia: 22.43.14

# ÍNDICE

PRÓLOGO DEL AUTOR: «Para ti»	7
1. «Dios justifica a los impíos»	11
2. «Dios es el que justifica»	19
3. Justo y Justificador	25
4. Salvados de pecar	31
5. Por gracia, mediante la fe	37
6. Por gracia, mediante la fe (Continuación)	45
7. ¿Por qué nos salvamos por la fe?	51
8. «¡Ay de mí! Nada puedo hacer...»	57
9. Aumento de fe	69
10. La regeneración y el Espíritu Santo	75
11. «Mi Redentor vive»	79
12. Sin arrepentimiento, sin perdón	83
13. El temor de caer	93
14. Confirmación	99
15. ¿Por qué perseveran los santos?	105
DESPEDIDA DEL AUTOR: «Te conjuro»	109



# Prólogo del autor

«Para ti»

El propósito de este libro es la salvación del lector que lo tenga en sus manos. El que pronunció y escribió su contenido, quedará bien burlado, si no sirve para llevar muchas almas a los pies del Señor Jesús. Se publica en la dulce confianza de que, por la potencia del Espíritu Santo, será usado para la conversión de miles y miles, si es que así le place. Sin duda alguna, muchas personas de humilde condición leerán esta pequeña obra, quedando favorecidas por el Señor con su divina gracia. Para el fin indicado, se ha usado un lenguaje sencillo, como asimismo muchas expresiones familiares.

Sin embargo, si personas acomodadas y de categoría leyeran este libro, puede bien el Espíritu de Dios impresionarles a ellas también; ya que lo que comprenden personas sin letras no es menos atractivo para las educadas e instruidas. Haga Dios que lo lea alguien que llegue a ser un gran pescador de almas... ¿Quién sabe cuántos hallarán el camino de la paz mediante esta lectura? Pregunta más importante para ti, querido lector, es esta: ¿serás tú uno de ellos?

Cierto hombre construyó una fuente al lado del camino y colgó una taza de una cadenita en la misma. Pasado un tiempo, supo que un crítico de artes había censurado mucho el diseño de su fuente. «Pero, *preguntó el filántropo*- ¿son muchos los sedientos que beben de la fuente?». A lo que se le contestó que miles de pobres, hombres, mujeres y niños apagaban su sed en ella. Entonces, él se sonrió, diciendo que poco le importaba la crítica del artista, deseando tan solo que éste también, algún día pesado del estío, viniera a llenar la taza para refrescarse y alabar el Nombre de Dios.

Aquí, pues, está mi fuente y mi taza: crítica, si bien te pareciere; pero te pido que bebas del agua de vida. De otra cosa no me preocupó. Bendeciría, más bien, el alma de un pobre barrendero o trapero antes que dar gusto a un príncipe de sangre, si no lograra su salvación.

¿Tomarás a pecho la lectura de este libro? Si así es, estamos conformes, desde luego; pero nada menos que entregarte tú mismo a Cristo y hallar el Cielo es el objeto que persigo aquí. Haga Dios que juntos lo consigamos. Yo lo hago dedicándote este libro con oración a Dios. ¿No querrás unirme conmigo elevando la vista a lo Alto, pidiendo ser bendecido cuando leas sus páginas? Por la providencia divina, han caído en tus manos, tienes tiempo para leerlas y te sientes dispuesto a prestarles atención. Éstas son buenas señales... ¿Quién sabe? Acaso ha llegado el tiempo de tu bendición. En todo caso, te regalo este consejo bíblico:

«Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones» (He. 3: 7 y 8).

Escuché una vez un cuento, creo que del norte... Cierta ministro visitó a una pobre mujer para llevarle algo de socorro. Así, llamó a su puerta con una moneda en la mano; pero no hubo respuesta. Creyendo que no estaba la pobre mujer en casa, se marchó. Poco después, la halló en la capilla:

- Llamé varias veces a su puerta, y creí que no estaba usted en casa, pues no hubo respuesta.

- ¿A qué hora fue eso? -preguntó inquieta la mujer.

- Cerca del mediodía.

- ¡Ay de mí! Le oí, señor, y siento no haberle abierto; pensé que era el amo que venía a buscar el alquiler.

¡Cuántas mujeres pobres conocen el significado de esto! En cuanto a mí, deseo que se me oiga y, por lo tanto, digo que no busco alquiler alguno. En verdad, este libro no lleva por objeto pedir, sino dar, declarando que la salvación es por gracia, lo que equivale a decir que es gratuita, es don, es dádiva...

A menudo, deseando nosotros ganar la atención, el oyente piensa: «Ahora sí que me apelaré el deber; me dirá lo que le



debo a Dios; pero ciertamente no tengo con qué pagarle. No estoy en casa».

No, no, este libro no viene en demanda de nada, sino más bien te trae algo. No vamos a hablar de ley, de deber, de castigo, sino de amor, de bondad, de perdón, de misericordia y de vida eterna. Así que no finjas estar fuera de casa; no te hagas el sordo o el desentendido. Nada te pido en Nombre de Dios, ni en nombre del prójimo. No es mi intención requerir nada; en cambio, te traigo un don gratuito que te proporcionará dicha presente y eterna. Abre la puerta para que entre mi oferta...

«Venid, *-dice el Señor-* y estemos a cuenta» (Is. 1:18). El Señor mismo te invita a reflexionar acerca de tu bienaventuranza inmediata e infinita; cosa que no haría, si no deseara tu bienestar. No rechaces, entonces, al Señor Jesús que llama a tu puerta, pues lo hace con esa mano que fue clavada en el madero por todos aquellos que son como tú. Y siendo su único objeto tu bien, acércate e inclina el oído. Escucha atentamente permitiendo que su voz penetre hasta el fondo de tu alma. Porque ha llegado ya la hora para que entres tú en esa vida nueva que es el principio del Cielo.

«La fe viene por el oír» (Ro. 10:17).

Y leer es «oír» de cierto modo. Esto es, la fe te puede venir mientras lees este libro. ¿Por qué no? ¡Oh, Espíritu bendito de toda gracia, haz que así suceda!



# 1. «Dios justifica los impíos»

*«Al que no obra, pero cree en Aquel que justifica al impío, la fe le es contada por justicia» (Ro. 4:5).*

Te llamo la atención a la expresión «Aquél que justifica al impío». Estas palabras me parecen maravillosas. ¿A ti no? He oído que los que odian las doctrinas de la cruz acusan de injusto a Dios por salvar a los impíos y recibir al más vil de los pecadores. Mas he aquí cómo la misma Escritura acepta la acusación y lo declara francamente. Por boca del apóstol Pablo, por la inspiración del Espíritu Santo, consta el calificativo de «Aquél que justifica al impío». Así, el justifica a los injustos perdona a los que merecen castigo y favorece a los que no merecen favor alguno. ¡Sorprendente!

¿No has pensado siempre que la salvación es para los buenos, y que la gracia de Dios se concede a los justos y santos, libres del pecado? Sin duda, alguna vez habrás pensado que si eres bueno, Dios te recompensará, y que no siendo digno, nunca podrás disfrutar de sus favores. Por tanto, la lectura de un texto como este te debe trastornar. No me extraña, pues yo también, con toda mi familiaridad acerca de este tema de la gracia divina, no ceso de asombrarme de que todo un Dios santo justifique a una persona impía...

Según la natural lealtad de nuestro corazón, estamos siempre hablando de nuestra propia bondad y de nuestros méritos, tenazmente apegados a la idea de que debe de haber algo bueno en nosotros para merecer que Dios se ocupe de nuestras personas. Pero Dios, que bien conoce todos nuestros engaños, sabe que no hay bondad ninguna en nosotros y declara que «no hay justo, ni aun uno» (Ro. 3:10). Él sabe que «todas nues-

tras justicias son como trapos de inmundicia» (Is. 64:6). Y, por lo mismo, el Señor Jesús no vino al mundo para buscar bondad y justicia entre los hombres, sino para llevar consigo bondad y justicia para entregárselas a las personas que carecen de ella. Esto es, no vino porque fuéramos justos, sino para hacernos justos, «justificando al impío».

Cuando un abogado comparece ante un tribunal, si es persona honrada, desea proteger a su cliente, defendiéndole de todo lo que falsamente se le imputa. Pero el objeto del defensor debe ser la de justificar al inocente, y no la de encubrir al culpable. Tal milagro le está reservado sólo al Señor. A saber, Dios, el Soberano infinitamente justo, sabe que en toda la Tierra no hay un justo que haga bien y no peque y, por lo mismo, en su soberanía infinita y en el esplendor de su amor inefable, emprende la obra, no tanto de justificar al justo cuanto de justificar al impío. En otras palabras, Dios ha ideado maneras y medios de presentar delante de sí al impío justamente aceptable: ha constituido un plan mediante el cual puede, en justicia perfecta, tratar al culpable, como si siempre hubiera vivido libre de ofensa; sí, tratarle como si fuera del todo libre de pecado. Porque Él «justifica al impío».

Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores. Esto es algo sorprendente y maravilloso. Sé que para mí, hasta el día de hoy, ésta es la maravilla más grande que he conocido, que me justificase a mí. Aparte de su amor inmenso, me siento indigno, corrompido, un conjunto de miseria y pecado. No obstante, sé por certeza plena que por fe soy justificado mediante los méritos de Cristo, y tratado como si fuera perfectamente justo, hecho heredero de Dios y coheredero de Cristo; todo a pesar de corresponderme, por naturaleza, el lugar del primero de los pecadores. Yo, del todo indigno, soy tratado como si fuera digno. Se me ama con tanto amor como si siempre hubiera sido pío, siendo así que antes era impío. ¿Quién no se maravilla de esto? La gratitud por tal favor se reviste de admiración indecible.

Y siendo esto tan admirable, deseo que tomes nota de cuán accesible se vuelve el Evangelio para ti y para mí. Pues si Dios justifica al impío, entonces, querido amigo, te puede justificar a ti. ¿No es esto precisamente lo que tú eres? Si hasta hoy has vivido sin convertirte, te cuadra perfectamente la Palabra; has vivido sin Cristo, siendo lo contrario a pío o temeroso de Dios. En una palabra, has sido y eres impío. Acaso ni has frecuentado los cultos del Domingo, has vivido sin respetar el día del Señor, ni su casa, ni su Palabra, lo que prueba que has sido impío. Peor todavía, quizás has procurado poner en tela de juicio su existencia, hasta el punto de declarar tus dudas. Habitando en esta Tierra hermosa, llena de señales de la presencia de Dios, has persistido, empero, en cerrar los ojos a las pruebas palpables de su poder y divinidad. Ciertamente, has vivido como si no existiera Dios. Y gran placer te hubiera proporcionado el poder probar por ti mismo satisfactoriamente la idea de que no hay Dios. Tal vez, has vivido ya muchos años en este estado de ánimo, de manera que ya estás bien afirmado en tus caminos, donde no está Dios. Si te llamaran «impío», te cuadraría este nombre tan bien como si al mar se le llamara «agua salada».

Acaso eres persona de otra categoría, pues has cumplido con todas las exterioridades de la religión. Sin embargo, de corazón nada has hecho, y así, en realidad, has vivido como un impío. Te has codeado con el pueblo de Dios, pero sin haber tenido tú mismo una entrevista personal con Él. Has cantado en el coro, pero no has alabado al Señor en el alma. Has vivido sin amar de corazón a Dios y sin respetar sus mandamientos. Sea como fuere, tú eres precisamente la persona a la cual este Evangelio se proclama, esta buena nueva que nos asegura que «Dios justifica al impío».

Maravilloso es y felizmente te sirve al caso. Te cuadra perfectamente. ¿Verdad que sí? ¡Cuánto deseo que lo aceptes! Si eres persona de sentido común, notarás lo maravilloso de la gracia divina anticipándose a las necesidades de personas como tú, y dirás entre ti: «¡Justificar al impío! Pues entonces, ¿por qué no seré yo justificado, y justificado ahora mismo?».

Toma nota, por otra parte, del hecho de que esto debe ser así; es decir, que la salvación de Dios debe ser cosa para los que no la merecen ni están preparados para recibirla. Es natural que conste la afirmación del texto en la Biblia, porque, apreciado amigo, sólo necesita ser justificado aquel que carece de justicia propia.

Si alguno de mis lectores fuese persona absolutamente justa, no necesitaría ser justificada; pues, sintiendo que está cumpliendo bien todo deber, hace al Cielo deudor de tanta bondad por su parte, ¿para qué necesita misericordia, ni Salvador alguno? ¿Para qué necesita justificación? Estará ya cansado de esta lectura tan poco interesante...

Si verdaderamente, querido lector, estás rodeado de aires tan farisaicos, escúchame por un momento: ¡Tan cierto como vives, te encaminas hacia la perdición! Rodeado de justicia propia, o vives *engañado* o eres un *engañador*; porque dice claramente la Escritura, la cual no puede mentir, que «no hay justo, ni aun uno». De todos modos, no tengo Evangelio, ni palabra para los que se rodean de justicia propia. Jesucristo mismo declaró que no había venido para llamar a los justos, y no voy a ser yo quien lo haga. Pues si los llamara, no vendrían; y por lo mismo, no los llamaré bajo ese punto de vista. Al contrario, te suplico que contemples ésta, tu justicia propia, hasta descubrir lo falsa que es. Ni la mitad de la fuerza de una telaraña tiene. ¡Deséchala! ¡Huye de la misma! Las únicas personas que necesitan justificación son las que reconocen que no son justas y sienten la necesidad de que se haga algo para que sean justas ante el tribunal de Dios.

Podemos estar bien ciertos de que Dios no hace nada fuera de lo necesario. La Sabiduría infinita nunca hace lo inútil. Jesús nunca emprende lo superfluo. Hacer justo a quien ya es justo no es obra de Dios: tal obra fuera de un idiota... Pero hacer justo al injusto es obra del Amor infinito: justificar al impío es un milagro digno de Dios.

Atención ahora: si en alguna parte del mundo un médico descubre remedios eficaces y preciosos, ¿a quién ha de servir tal médico? ¿A gente de buena salud? Ciertamente que no.

Colóquesele en un distrito sin enfermos, y se sentirá fuera de su orbe. Allí huelga su presencia. «Los sanos no necesitan médico, sino los enfermos» (Mt. 9:12), dice el Señor. ¿No es igualmente claro que los grandes remedios de gracia y redención son para las almas enfermas? No sirven para las almas sanas, porque les son remedios superfluos. Si tú, querido amigo, te sientes espiritualmente enfermo, para ti ha venido el gran Médico al mundo. Si a causa del pecado te sientes completamente perdido, eres la mismísima persona comprendida en el plan de salvación por gracia. Afirmo que el Señor, en su amor eterno, tuvo a la vista personas como tú al compaginar el sistema de salvación por pura gracia.

He aquí otro ejemplo, supongamos que una persona generosa resolviera entre sí perdonar a todos sus deudores; claramente esto sólo podría hacerse respecto a los que realmente le fueran deudores; uno le debe mil pesos, otro cincuenta pesos... Y a cada cual tocaría tan sólo conseguir la firma que cancelará las cuentas. Pero la persona más generosa del mundo no podría perdonar las deudas de personas que nada deben a nadie. Asimismo, está fuera del poder del mismo Omnipotente perdonar a quien no tenga nada para perdonársele. El perdón presupone que alguien es culpable; el perdón es para el pecador. Por ello, resulta absurdo hablar de «perdonar al inocente», a aquel que nunca ha faltado.

¿Crees acaso que te condenarás por ser pecador? Ésta es la razón por la que te podrás salvar; por la misma razón que te reconoces pecador. Desearía animarte a creer que precisamente para personas como tú está destinada la gracia. Cierta poeta se atrevió a decir que «el acusado es ya sagrado» mediante la obra del Espíritu Santo en su conciencia. Es positivamente cierto que Jesús busca y salva al perdido. Murió e hizo la expiación de verdad por pecadores de verdad. Ésta es la razón por la que me es un verdadero placer hablar con pecadores que admiten sin excusas que son impíos. Gustosamente hablaría toda la noche con ellos de buena fe. Las puertas de misericor-

dia no se cierran ni de día ni de noche para los tales y están abiertas todos los días de la semana. Y es que nuestro Señor Jesús no murió por pecados imaginarios, sino que la sangre de su corazón se derramó para limpiar manchas que sólo el color carmesí puede quitar. El pecador que se sienta bien negro, ésa es la persona que Jesucristo ha venido a blanquear.

En cierta ocasión, un evangelista predicó sobre el siguiente texto:

«Ahora, ya también el hacha está puesta en la raíz de los árboles» (Lc. 3:9).

Y lo hizo de modo que uno de los oyentes le recriminó: «Nos trató usted como si fuéramos criminales. Este sermón debiera usted haberlo predicado en el presidio provincial y no aquí». «No, no... *-contestó el evangelista-* En el presidio no hablaría sobre ese texto, sino que les leería éste otro: 'Palabra fiel y digna de ser recibida de todos, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores' (1 Ti. 1:15)». ¡Correcto! La ley es para los que se rodean de la justicia propia, para derribar su orgullo, y el Evangelio para los perdidos, para remover su desesperación.

Si no estás perdido, entonces, ¿para qué quieres al Salvador? ¿Iría el pastor en busca de los que nunca se extraviaron? ¿Por qué barrería la mujer la casa buscando monedas que guardara en el talego? No, no, la medicina es para los enfermos, la resurrección para los muertos, el perdón para los culpables, la libertad para los cautivos, la vista para los ciegos y la salvación para los pecadores. ¿Cómo se explica la venida del Salvador, su muerte en la cruz y el Evangelio del perdón sin admitir de una vez que el hombre es un ser culpable y digno de condenación? El pecador es la razón de la existencia del Evangelio. Y tú, amigo mío, objeto de estas palabras, si te sientes merecedor, no de la gracia, sino de la maldición y de la condenación, tú eres precisamente el género de hombre para quien fue ordenado, arreglado y destinado el Evangelio: «Dios justifica al impío».

Desearía hacer esto tan claro y patente como el día. Espero haberlo hecho ya, pero, a pesar de todo, únicamente el Señor



puede hacerlo comprender al hombre. Al principio no puede menos que parecer asombroso al hombre de conciencia despierta que la salvación le venga de pura gracia al perdido y culpable. Piensa el tal que la salvación le viene por ser penitente, olvidando que su estado de penitente es parte de su salvación. «Debo ser esto y lo otro», dice; todo lo cual es verdad, porque, sí, será «esto y lo otro»; pero es resultado de la salvación, y la salvación le viene primero antes de verse alguno de sus resultados. De hecho, la salvación le viene mientras no merezca otra cosa que lo contenido en la descripción fea y abominable de «impío». Esto y nada más es el hombre cuando le viene el Evangelio de Dios para justificarle.

Permítaseme, por tanto, insistir -a todos cuantos carecen de todo bien, no teniendo siquiera un buen sentimiento para recomendarse a Dios- en que es necesario que crean firmemente que nuestro misericordioso Dios es capaz y está dispuesto a recibirlos, sin nada que les recomiende, para perdonarles espontáneamente, no porque sean ellos buenos, sino porque Él es bueno y abunda en perdones. ¿Acaso no hace «brillar el sol sobre buenos y malos» (Mt. 5:45)? ¿No es Él quien da tiempos fructíferos y envía lluvias del Cielo sobre las naciones más impías? En Sodoma bañaba el sol, y caía el rocío sobre Gomorra...

Oh, amigo, la gracia inmensa de Dios sobrepaja mi entendimiento y tu entendimiento, y desearía que lo apreciaras de un modo digno. Tan alto como el Cielo sobre la Tierra son los pensamientos de Dios sobre nuestros pensamientos.

No emprendas, definitivamente, la obra farisaica de presentarte diferente a lo que en el fondo eres; sino acude tal cual eres al «que justifica al impío». Se cuenta que un famoso pintor quiso hacer un retrato de su pueblo, escogiendo entre la gente modelos prototipo. Entre los elegidos, se hallaba un barrendero andrajoso y sucio. Éste se presentó al día siguiente en el taller del pintor; pero bien pronto quedó despachado, porque, en vez de acudir con su indumentaria de siempre, se presentó lavado, peinado y decentemente vestido. Así, el Evangelio te

recibirá, si acudes al Señor como pecador, pero no de otro modo. No procures reformarte; permite a Jesús que te recoja en tu estado más deplorable, y Él te restaurará. Ven destituido. Acude a Jesús tal como eres, espiritualmente leproso, sucio, desnudo, no apto para vivir, no apto para morir, tampoco. Acude cuando la desesperación te oprima el pecho cual pesadilla horrible, pidiendo al Señor que te justifique. Dios mismo asume el título bendito: «el que justifica al impío».

## 2. «Dios es el que justifica»

*«¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica» (Ro. 8:33).*

Cosa maravillosa es ésta, el ser justificado o hecho justo. Si nunca hubiésemos quebrantado las leyes de Dios, no habría necesidad de tal justificación, siendo naturalmente justos. Quien toda su vida haya hecho lo que debiera hacer y nunca haya hecho nada prohibido, éste es por sí justificado ante la ley. Pero estoy seguro de que tú, querido lector, no te hallas en ese estado de inocencia. Eres demasiado honrado para pretenderte limpio de todo pecado y, por lo tanto, necesitas ser justificado.

Pues bien, si te justificas a ti mismo, te engañas miserablemente a ti mismo. No emprendas tal cosa: no vale la pena...

Si pides a otro mortal que te justifique, ¿qué podrá hacer? Alguien te alabaría por cuatro cuartos, otro te calumniaría por menos. Bien poco vale el juicio del hombre. Nuestro texto dice que «Dios es el que justifica», y esto sí que va al grano. Este hecho es asombroso, un hecho que debemos considerar detenidamente. ¡Ven y ve!

En primer lugar, nadie más que Dios podría haber pensado en justificar a personas culpables. Se trata de personas que han vivido manifiestamente rebeldes obrando mal con ambas manos; de personas que han ido de mal en peor, que han vuelto al pecado aun después de haber sido castigadas y forzadas a abandonar sus delitos por algún tiempo. Han quebrantado la ley y pisado el Evangelio bajo los pies. Han rechazado las proclamas de misericordia y persistido en la iniquidad. ¿Cómo podrán tales personas alcanzar perdón y justificación? Sus conocidos desesperan por ellos, diciendo: «Son casos sin remedio». Aun los cristianos les miran más bien con tristeza que con esperanza.

Pero rodeado del esplendor de la gracia de su elección, habiendo Dios escogido a algunos desde antes de la fundación del mundo, no reposará hasta haberles justificado y hecho aceptos en el Amado. ¿No está escrito acaso que «a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó» (Ro. 8:30)? Así es que puedes ver que el Señor ha resuelto justificar a algunos... Y ¿por qué no podríamos tú y yo pertenecer a este grupo?

Nadie más que Dios pensaría jamás en justificarme a mí, lo cual resultó para mí mismo una maravilla. No dudo de que la gracia divina sea igualmente manifiesta en otros. Contemplo a Saulo de Tarso, «respirando amenazas y muerte» contra los siervos del Señor. Como lobo rapaz espantaba a las ovejas del Señor por todas partes; no obstante, Dios le detuvo en el camino de Damasco y cambió su corazón justificándole del todo, tan plenamente que bien pronto este perseguidor resultó el más gran predicador de la justificación por la fe que haya vivido sobre la faz de la Tierra. Con frecuencia, debe de haberse maravillado de haber sido justificado por la fe en Cristo Jesús, ya que antes era un inveterado defensor de la salvación mediante las obras de la ley. Nadie más que Dios podía haber pensado en justificar a un hombre como el perseguidor Saulo. Pero el Señor Dios es glorioso en gracia.

Sin embargo, si tal vez alguien pensara en justificar a los impíos, nadie más que Dios podría hacerlo. Es imposible que persona alguna perdone las ofensas que no hayan sido cometidas contra ella misma. Si alguien te ha ofendido gravemente, tú puedes perdonarle, y espero que así lo hagas; pero una tercera persona fuera de ti no puede perdonarle. Si tú eres la persona ofendida, de ti debe proceder el perdón. Del mismo modo, si a Dios hemos ofendido, está en su poder perdonarnos, ya que contra Él mismo hemos pecado:

«Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos» (Sal. 51:4).

Nadie más que el gran Dios, contra quien hemos pecado, puede borrar nuestro delito. Acudamos, pues, a Él en busca de misericordia.

Y cuidado que no nos dejemos desviar por los sacerdotes que desean que acudamos a ellos en busca de lo que sólo Dios puede conceder, careciendo sus pretensiones de todo fundamento bíblico. Incluso si son ordenados para pronunciar palabras de absolución en Nombre de Dios, será siempre mejor que acudamos nosotros mismos al Padre en busca de perdón, teniendo a Cristo como Mediador y el único camino hacia el Cielo. La religión por encargo es asunto peligroso. Infinitamente mejor y más seguro es que te ocupes personalmente en los asuntos de tu alma y no los encargues a otro.

Sólo Dios puede justificar a los impíos, y puede hacerlo a perfección. Él echa nuestros pecados detrás de sus espaldas, los borra, diciendo que aunque se busquen, no se hallarán. Sin otra razón que su bondad infinita, ha preparado un camino glorioso mediante el cual puede hacer que los pecados, que son rojos como escarlata, sean más blancos que la nieve y remover de nosotros las transgresiones tan lejos como el oriente del poniente. Dice su Palabra:

«No me acordaré de tus pecados» (Is. 43:25).

Llegando hasta el punto de aniquilarlos:

«¿Qué Dios como Tú, que perdonas la maldad y olvidas el pecado del resto de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque es amador de misericordia» (Mi. 7:18).

No hablamos aquí de justicia, ni del trato de Dios con los hombres, según sus merecimientos. Si piensas entrar en relación con Dios justo sobre la base de la ley, la ira eterna te aguarda amenazadora por cuanto esto es lo que mereces. Bendito sea su Nombre porque no nos ha tratado según nuestros pecados y hoy nos trata en términos de gracia inmerecida y compasión infinita, diciendo:

«Os recibiré misericordioso y os amaré de voluntad».

Créelo, porque ciertamente es Verdad que el gran Dios trata al culpable con misericordia abundante. Sí, puede tratar al im-

pío como si siempre hubiera sido pío. Lee atentamente la parábola del *hijo pródigo*, y verás como el padre perdonador recibe al hijo errante con tanto amor como si nunca se hubiera extraviado. Y hasta tal punto el padre demostró su cariño, que el hermano mayor halló en ello motivo de murmurar; pero, a pesar de eso, el padre no cesó de amarle. Oh, hermano, por culpable que seas, con tal que quieras volver a tu Dios y Padre, Él te tratará como si nunca hubieras hecho mal alguno. Te considerará justo y te tratará conforme a ello. ¿Qué dices a esto?

Deseo aclarar bien lo glorioso de este caso. Ya que nadie, sino Dios, pensaría en justificar al impío, y ya que nadie, sino Dios, lo podría hacer, ¿no ves como Dios, sin embargo, bien lo puede hacer? Fíjate en cómo el apóstol extiende el reto:

«¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que los justifica».

Habiendo Dios justificado a una persona, está bien hecho, recatamente hecho, justamente hecho y para siempre perfectamente hecho. El otro día leí un impreso lleno de veneno contra el Evangelio y los que lo predicán. Decía que creemos en una teoría por la cual nos imaginamos que el pecado se puede alejar de los hombres. No creemos nosotros en teorías: proclamamos un hecho. El hecho más glorioso debajo del Cielo es éste, que Cristo por su preciosa sangre real aleja el pecado y que Dios, por amor a Cristo, tratando a los hombres en términos de misericordia divina, perdona a los culpables y los justifica, no según algo que vea en ellos o que prevea que habrá en ellos, sino según la riqueza de la misericordia que habita en su propio corazón. Esto es lo que hemos predicado y lo que predicaremos en tanto que vivamos. «Dios es el que justifica», el que justifica a los impíos. Él no se avergüenza de hacerlo, ni nosotros de predicarlo...

En la justificación hecha por Dios mismo no cabe duda ninguna. Si el Juez me declara justo, ¿quién me condenará? Si el tribunal supremo de todo el universo me ha pronunciado justo, ¿quién me acusará? La justificación de parte de Dios es respuesta suficiente para la conciencia despierta, en el cual, el

Espíritu Santo sopla la paz sobre nuestro ser entero, y no vivimos ya atemorizados. Mediante tal justificación podemos responder a todos los rugidos y a todas las murmuraciones de Satanás y de los hombres. Esta justificación nos prepara a bien morir, a resucitar y arrostrar el último juicio:

«Serenamente miro ese día:

¿quién me acusará?

En el Señor mi ser confía;

¿quién me condenará?».

Amigo, el Señor puede borrar todos tus pecados:

«Todos los pecados serán perdonados a los hijos de los hombres» (Mt. 12:31).

Aunque te hallaras enfangado hasta lo sumo en la miseria, Él puede con una palabra limpiarte de la lepra diciendo: «Yo quiero; sé limpio» (Mr. 1:41). El Señor Dios es gran perdonador, y yo creo en el perdón de los pecados. ¿Crees tú?

Todavía el Juez puede pronunciar sentencia sobre ti, diciendo: «tus pecados te son perdonados» (Mt. 9:2). Y si así lo hace, no hay poder en Cielo, en la Tierra, ni debajo de la Tierra que te pueda acusar, ni mucho menos condenar. No dudes del amor del Todopoderoso. Tú no podrías perdonar al prójimo, si te hubiera ofendido como tú has ofendido a Dios. Pero no debes medir la gracia de Dios con la medida de tu estrecho criterio. Sus pensamientos y caminos están por encima de los tuyos tan alto como el cielo encima de la tierra.

«Bien... *-dirás tal vez-* Gran milagro sería que Dios me perdonara a mí». ¡Justo! Sería un milagro grandísimo y, por lo tanto, es muy probable que lo haga, porque Él hace «grandes cosas e inescrutables» (Job 5:4), para nosotros inesperadas.

En cuanto a mí, quedé quebrantado bajo un terrible sentimiento de culpa que me hacía la vida insostenible; pero oí esta exhortación:

«Mirad a mí, y sed salvos todos los términos de la Tierra, porque yo soy Dios y no hay otro» (Is. 45:22).

Y entonces miré, y de un momento me justificó el Señor. Jesucristo, hecho pecado en mi lugar, fue lo que vi, y esa vista me dio reposo al alma. Cuando los mordidos por las serpientes venenosas en el desierto miraron a la serpiente de metal, quedaron sanos inmediatamente. Igualmente, yo soy sanado cuando, con los ojos de la fe, miro al Salvador crucificado por mí. Y el Espíritu Santo, quien me dio la facultad de creer, me comunicó la paz mediante la fe. Tan cierto me sentí perdonado como antes me había sentido condenado. Habíame sentido cierto de la condenación, porque la Palabra de Dios me lo había declarado, dándome testimonio de ello la conciencia. Pero cuando el Señor me declaró justo, quedé igualmente cierto por los mismos testimonios. Pues en las Escrituras leemos que «el que en Él cree, no es condenado» (Jn. 3:18). Y mi conciencia me daba testimonio de que creía y de que Dios al perdonarme era justo. Así es que tengo el testimonio del Espíritu Santo y de la conciencia, testificando ambos, a una, la misma cosa. ¡Cuánto deseo que el lector reciba el testimonio de Dios en este asunto, y bien pronto tendría también el testimonio en sí mismo!

Me atrevo a decir que un pecador justificado por Dios se halla sobre fundamento más firme que el hombre justificado por sus obras, si tal hombre existiera, pues nunca estaríamos ciertos de haber hecho bastantes obras buenas; la conciencia quedaría siempre inquieta por sí: después de todo, faltará algo, y solamente descansaríamos sobre la sentencia falible de un juicio dudoso. En cambio, cuando Dios mismo justifica y el Espíritu Santo le rinde testimonio, dándonos paz, entonces sentimos que el hecho es firme y bien sólido, y el alma entra en descanso. No hay palabra para explicar la calma profunda que se apodera del alma que recibe esa paz de Dios que sobrepuja todo entendimiento. Amigo, búscala en este mismo momento.



### 3. Justo i justificador

*«Mas ahora, sin la ley, la justicia de Dios se ha manifestado, testificada por la ley y por los profetas: la justicia de Dios por la fe de Jesucristo, para todos los que creen en Él; porque no hay diferencia. Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios; siendo justificados gratuitamente por su gracia, por la redención que es en Cristo Jesús, al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre, para manifestación de su justicia, atento a haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar su justicia en este tiempo: para que Él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús» (Ro. 3:21-26).*

Acabamos de ver a los impíos justificados y hemos contemplado la gran verdad de que sólo Dios puede justificar al hombre. Ahora daremos un paso adelante, preguntando: «¿Cómo puede un Dios justo justificar a los culpables?». Y la contestación plena a esta pregunta la hallamos en los versículos que preceden a este capítulo.

Permítaseme rendir un poco de testimonio personal aquí... Hallándome bajo el poder del Espíritu Santo, bajo la convicción del pecado, sentía pesar en mi corazón. El peso del pecado me abrumaba cual carga insoportable. Temía más el pecado que el infierno y me veía tan terriblemente culpable que recuerdo haber sentido que si Dios no me castigaba, cometería un grave error. Pues el Juez de toda la Tierra debía condenar a un pecador como yo. Así que yo mismo me hallaba sentado en el tribunal, condenándome a mí mismo a la perdición; porque admitía que si yo fuera Dios, no podría hacer otra cosa que enviar a una criatura tan culpable como yo a lo más profundo del infierno. Todo ese tiempo me preocupaba profundamente de la honra del Nombre de Dios y de la equidad

de su gobierno moral y de su justicia. Sentía que no estaría satisfecha mi conciencia, si consiguiera yo perdón injustamente. El pecado que había cometido, merecía castigo, y debía castigarse. Luego me venía la pregunta: «¿Cómo podría Dios ser justo y, no obstante, justificar a una persona tan culpable como yo? ¿Cómo puede ser justo y, sin embargo, justificador de los pecadores?». Me molestaba y cansaba esta pregunta, y no hallaba contestación a la misma. Imposible para mí inventar respuesta alguna que diera satisfacción a mi conciencia.

Para mí, la doctrina de la expiación por la sustitución es una de las pruebas más poderosas de la inspiración divina de las Sagradas Escrituras. ¿Quién pudiera haber ideado el plan de que el Rey justo muriera por el súbdito injusto y rebelde? Esto no es doctrina de mitología humana, ni sueño de la imaginación de un poeta. Este método de expiación se conoce por la humanidad únicamente por ser un hecho positivo. La imaginación humana no podría haberlo inventado. Es arreglo, plan y estatuto de Dios mismo, no del cerebro humano.

Desde la infancia había oído hablar de la salvación por el sacrificio de Jesucristo, pero en lo profundo de mi alma aquello me era totalmente anatema; la luz existía, pero yo vivía ciego. De pura necesidad, el Señor mismo hubo de aclararme el asunto. Entonces, la luz vino como revelación nueva, tan nueva como si nunca hubiese leído en las Escrituras la declaración de que Jesús era la propiciación por el pecado para que Dios fuese justo y justificador del impío.

Creo que esto ha de venir como revelación nueva, que viene de arriba, para todo hombre, a saber, la gloriosa doctrina de la intercesión del Señor Jesús, nuestro Sustituto que recibió el castigo que nosotros merecíamos. Fue así que comprendí esta gran doctrina del sacrificio que Jesús realizó para salvarnos, como fase inicial del plan de Redención, diseñado desde la eternidad. Me fue dado ver que el Hijo de Dios, igual al Padre e igualmente eterno, desde la eternidad había sido constituido cabeza del pacto de un pueblo escogido para que, en esa capa-

cidad de Sustituto, sufriera a fin de salvarlo. Y es que nuestra caída, en primer termino, no fue caída individual, ya que caímos en nuestro representante federal, en «el primer Adán». Esto hizo imprescindible el levantamiento de un segundo representante, de un «segundo Adán»: Jesucristo. Vi que, antes de haber pecado, en realidad, había caído por el pecado de mi primer padre; y me regocijé al saberlo, puesto que me fue posible, en sentido jurídico, ser levantado mediante esta segunda Cabeza representativa. La caída de Adán dejó una escapatoria: otro «Adán», para deshacer la ruina hecha por el primero.

Cuando me inquietaba respecto a la posibilidad de que un Dios justo me perdonara, comprendí y vi por fe que el Hijo de Dios se hizo hombre y en su propia bendita persona llevó mi pecado en su cuerpo sobre el madero, cargando «el castigo de mi paz sobre Él, y que por su llaga fui curado» (Is. 53:5).

Querido amigo, ¿has comprendido cómo Dios es justo, no remitiendo la culpa ni tampoco embotando el filo de la espada y cómo, sin embargo, puede ser infinitamente misericordioso y justificador para con el impío que acude a Él? La razón es que el Hijo de Dios, eternamente glorioso en su persona inmaculada, se encarga de satisfacer la ley, sometándose a la condena que me corresponde a mí, en consecuencia de lo cual Dios puede remitir mi pecado. Más satisfacción resulta para la ley la muerte de Cristo que si todos los transgresores hubieran sido enviados al infierno. Esto es, el establecimiento más glorioso del gobierno equitativo de Dios resultó sufriendo su amado Hijo por nuestros pecados, que sufriendo toda la raza humana.

Sí, Jesús soportó por nosotros toda la penalidad de la muerte. ¡Contempla esta maravilla! Allí está colgado de la cruz. Ésta es la vista más solemne que jamás hayas contemplado. El Hijo de Dios, y el Hijo del hombre, allí, elevado en el vil madero, sufriendo penas indecibles, el Justo por los injustos, para llevarnos a Dios. ¡El Inocente castigado! ¡El eternamente Bendito hecho maldición! ¡El infinitamente Glorioso sufriendo la muerte ignominiosa! Cuando contemplo los sufrimientos del

Hijo de Dios, tanto más cierto estoy de que corresponden a mi caso de criminalidad. ¿Por qué sufrió, sino para librarnos de la pena merecida?

Habiéndola, pues, expiado por su muerte, los creyentes en Él no necesitan temerla. Así es, así debe ser, que siendo hecha la expiación, Dios puede perdonar, sin alterar las bases de su tribunal, ni en lo más mínimo cambiar sus estatutos del código. La conciencia halla, entonces, respuesta plena a su tremenda pregunta...

Porque la ira de Dios contra la iniquidad debe de ser terrible, más allá de toda concepción humana; ya lo dijo Moisés:

«¿Quién conoce el poder de tu ira?» (Sal. 90:11).

No obstante, al oír al Señor de gloria gritar: «¿Por qué me has desamparado?» (Mt. 27:46), y al verle exhalar el último aliento, sentimos que la justicia divina ha recibido abundante satisfacción por la obediencia tan perfecta y muerte tan espantosa de parte de persona tan divina. Si Dios mismo se inclina ante su propia ley, ¿qué más es necesario? Hay mucho más en la expiación en sentido de mérito que en todo pecado humano en sentido de demérito. El vasto mar del sacrificio propio del amor de Jesús es tan profundo que pueden hundirse en él todas las montañas de nuestros pecados. A causa del valor infinito de este nuestro Representante, bien puede Dios mirar favorable a los demás seres humanos por indignos que fuesen en sí mismos. Ciertamente fue el milagro de los milagros que el Señor Jesús tomara mi lugar, «sufriendo por mí la fatal condena, librando mi alma de eterna pena». Pero así lo hizo:

«Consumado es» (Jn. 19:30).

En otras palabras, Dios perdonará al pecador, porque no perdonó a su propio Hijo; puede remitir tus transgresiones, porque las cargó en su Hijo unigénito hace dos mil años... .

Si crees en Jesús, y esto es lo esencial, entonces debes saber que tus pecados fueron alejados de ti por Aquel que representaba al macho cabrío expiatorio en el culto profético de Israel. ¿Qué significa finalmente «creer en Él»? No meramente decir «es Dios

y Salvador», sino confiar en Él enteramente, aceptándole para toda la obra de salvación desde hoy y para siempre, aceptándole cual Salvador único, cual Señor, Maestro, todo... Si tú quieres a Jesús, Él te ha aceptado ya. Si crees de verdad en Él, te aseguro que no podrás ir al infierno porque no es posible que un sacrificio se acepte y que, a pesar de ello, muera el alma por la cual se ha aceptado el sacrificio. Si el alma del creyente se pudiera condenar, entonces, ¿para qué sacrificio alguno? Si Jesús murió en mi lugar, ¿por qué morir yo también? Todo creyente puede afirmar que un sacrificio expiatorio se ha hecho por él, haciéndolo suyo y, por lo mismo, puede descansar cierto de que nunca perecerá. Dios no puede leer nuestro perdón escrito en la sangre de su propio Hijo, y luego herirnos de muerte. Tal cosa es imposible. ¡Dios te conceda la gracia ahora mismo para mirar a Jesús, empezando por el principio, por Cristo, quien es el origen de la fuente de misericordia para el hombre culpable.

«Él justifica al impío», «Dios es el que justifica»: por esa sola razón puede hacerlo, y lo hace mediante el sacrificio expiatorio de su divino Hijo, tan justamente que nadie podrá ponerlo en duda, tan equitativamente que ni el último y tremendo día, cuando pasen los cielos y la Tierra, habrá quien niegue la validez de este hecho. ¿Quién es el que condena? Cristo es el que murió... ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica...

Ahora bien, pobre alma, ¿quieres entrar en este refugio tal cual eres? Aquí estarás perfectamente segura. Acepta esta salvación. Acaso dirás: «Nada hay en mí que me recomiende». No se te pide tal cosa. Los que escapan para salvar la vida dejan hasta la ropa detrás de sí. Refúgiate apresurado así como estás...

Te diré algo de mí mismo para animarte: mi única esperanza de entrar en la gloria descansa en la plena redención de Cristo realizada en la cruz del Calvario por los impíos; en esto descanso firmemente. Ni sombra de esperanza tengo en otra cosa alguna. Y tú te hallas en la misma condición que yo, pues ninguno de nosotros tiene mérito alguno digno de consideración. Juntemos, pues, las manos, colocándonos al pie de la cruz, y

entreguemos nuestras almas de una vez para siempre al que derramó su sangre por los culpables. Nos salvaremos, ambos, gracias a un mismo Salvador. Pero si tú pierdes confiando en Él, pereceré yo también. ¿Qué más puedo hacer para probarte mi propia confianza en el Evangelio que te proclamo?

## 4. Salvados de pecar

*«Os daré un corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne» (Ez. 36:26).*

Aquí diré unas cuantas palabras sencillas a los que comprenden la idea de la justificación por la fe en Cristo Jesús, pero cuya dificultad consiste en no poder cesar de pecar. No es posible que nos sintamos felices, reposados y espiritualmente sanos hasta que lleguemos a ser santificados. Es preciso que seamos librados del dominio del pecado. Pero, ¿cómo se realiza esto? Es éste un asunto de vida o de muerte para muchos...

La naturaleza vieja es muy fuerte, y la han procurado refrenar y domar; pero no quiere ceder, y aunque deseosos de mejorarse, se hallan peor que antes. El corazón es tan duro, la voluntad tan rebelde, la pasión tan ardiente, los pensamientos tan ligeros, la imaginación tan indomable, los deseos tan inculotos que el hombre despierto siente que lleva en sus adentros una cueva de bestias salvajes que acabarán por devorarlo antes de que llegue él a ejercer dominio sobre ellas. Respecto a nuestra naturaleza caída, podemos decir nosotros lo que dijo el Señor a Job refiriéndose al leviathan:

«¿Jugarás tú con él como un pájaro o lo atarás para tus niñas?» (Job 41:5).

Podrá el hombre detener con la mano el viento antes que refrenar por su propia fuerza los poderes tempestuosos que moran en su naturaleza caída. Ésta es empresa mayor que cualquiera de las míticas peripecias de Hércules: se necesita a Dios, al Todopoderoso...

«Puedo creer que Jesús me perdona del pecado... -dice alguien- Pero lo que me atropella es que vuelvo a pecar y que existen

inclinaciones terribles al mal en mi ser. Tan cierto como una piedra tirada al aire vuelve a caer, así yo: aunque por la predicación poderosa sea elevado al Cielo, vuelvo a caer de nuevo en mi estado de estupor. ¡Ay de mí! Fácilmente quedo encantado por los ojos de basilisco del pecado permaneciendo bajo el encanto, de suerte que no escape de mi propia locura».

Querido amigo, si la salvación no se ocupara de esta parte de nuestro estado de ruina, resultaría cosa por demás tristemente defectuosa. Como deseamos ser perdonados, deseamos también ser purificados. Esto es, la justificación sin la santificación no sería salvación de ningún modo. Tal salvación llamaría al leproso «limpio», dejándole morir de lepra; perdonaría la rebelión, dejando al rebelde permanecer enemigo del soberano. Alejaría las consecuencias descuidando la causa, lo que nos enredaría en un asunto desesperado y sin fin. Impediría por un momento el curso del río, dejando abierta la fuente de contaminación, de modo que más o menos pronto abriríase salida con mayor fuerza. Acuérdate que el Señor Jesús vino a quitar el pecado de tres maneras: salvándonos de la culpa del pecado, del poder del pecado y de la presencia del pecado. Sí, leíste bien, el poder del pecado se puede quebrantar inmediatamente, y así serás también salvo de la presencia del pecado:

«Sabemos que Él apareció para quitar nuestros pecados» (1 Jn. 3:15).

El ángel dijo del Señor:

«Llamarás su Nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt. 1:21).

Nuestro Señor Jesús vino para destruir en nosotros las obras del diablo. Y lo que se dijo en el nacimiento de nuestro Señor, declaróse también en su muerte; porque al abrirse su costado, salió sangre y agua como símbolo de la doble cura por la cual quedamos salvos de la culpa y de la contaminación del pecado.

Si, no obstante, te apena el poder del pecado y las inclinaciones de tu naturaleza, como bien puede ser el caso, aquí hay para ti una promesa. Confía en ella, porque forma parte de ese



pacto de gracia que está en todo ordenado y firme. Dios que no puede mentir, lo ha declarado en el versículo elegido como introducción a este capítulo:

«Os daré un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne».

Como ves, en todo entra el «Yo divino»: «Yo daré, pondré, quitaré...». Tal es el real modo de obrar del Rey de reyes, siempre poderoso para ejecutar al punto su soberana voluntad. Ninguna de sus palabras quedará sin cumplir.

Bien sabe el Señor que tú no puedes cambiar tu propio corazón, ni limpiar tu propia naturaleza, pero también sabe que Él es poderoso para hacer ambas cosas. Dios puede «mudar la piel del Etíope y extraer las manchas del leopardo» (Jer. 13:23). Oye esto, cree y admíralo: Él te puede crear de nuevo, hacer que nazcas de nuevo. Éste es el milagro de gracia, que el Espíritu Santo obrará en ti. Fuera gran milagro estar al pie de las cascadas del Niágara y con una palabra volver la corriente atrás y subir arriba el gran precipicio sobre el cual hoy se precipita con fuerza salvaje -nada más que el omnipotente poder de Dios podría hacer tal milagro- y, sin embargo, eso no sería más que un paralelo adecuado a lo que sucede cuando retrocede del todo el curso de tu naturaleza. Pues Dios es poderoso para volver atrás el curso de tus deseos, la corriente de tu vida, de modo que en lugar de bajar alejándote de su lado, tengas la tendencia de subir arriba, acercándote a Él. Esto es en realidad lo que el Señor ha prometido hacer con todos los incluidos en el pacto, y sabemos por las Escrituras que todos los creyentes están incluidos en él.

¡Cuán maravillosa es esta promesa! Cristo es «el sí» y «el amén» para la gloria de Dios. Hagámosla nuestra, aceptándola como verdadera. apropiándonosla bien. Entonces, se cumplirá en nosotros, y en días y años venideros contaremos acerca del maravilloso cambio que ha obrado la soberana gracia en nosotros.

Muy digno de consideración es el hecho de que, quitando el Señor el corazón de piedra y poniéndonos uno de carne, nin-

gún poder conocido podrá jamás arrebatarnos ese corazón nuevo y ese espíritu recto que nos infunde; porque «Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre, para que se arrepienta» (Nm. 23:19).

Es decir, sin arrepentimiento, o mudanza de parecer por su parte, no quitando lo que una vez nos concedió. Permite que te renueve, y quedarás renovado. Las reformas y limpiezas que emprende el hombre, pronto terminan, porque «el perro vuelve a su vómito» (Pr. 26:11); pero cuando Dios nos da un corazón nuevo, éste nos queda para siempre, y no se volverá piedra otra vez. En esto debemos regocijarnos para siempre.

Para aclarar este asunto de un modo sencillo, ¿has oído el símil del señor Rowland Hill acerca del gato y el puerco? Te lo contaré al estilo propio para ilustrar las palabras gráficas del Salvador: «Os es necesario nacer de nuevo» (Jn. 3:7). ¿Ves ese gato? ¡Cuán limpio es! ¿Ves como hábilmente se lava con la lengua y las patas? De verdad, ofrece una vista bonita. ¿Has visto jamás un puerco hacer lo mismo? ¡Cierto que no! Tal cosa iría contra la naturaleza del puerco. Éste prefiere revolcarse en el fango. Enseña al puerco a lavarse, y verás cuán poco éxito tendrás. ¡Empresa inútil! Puedes limpiar al puerco por fuerza, pero enseguida volverá a enfangarse, quedando tan sucio como antes. El único modo de hacer que se lave como un gato consiste en transformarlo en gato. Solo así y entonces se lavará y se limpiará, pero no antes. El puerco será en adelante idóneo para entrar en la sala y dormir sobre la alfombra al lado de la estufa. Tal sucede con el impío: ni le puedes forzar a hacer lo que el hombre renovado hace de muy buena voluntad, ni le puedes enseñar el arte de la santidad proporcionándole buenos ejemplos, porque será incapaz de aprender, por cuanto carece de facultad y mente para ello: su naturaleza le lleva por otro camino. Únicamente, cuando Dios le transforma en hombre nuevo, cambia de aspecto; siendo el cambio tan marcado que el recién convertido bien puede decir: «O todo el mundo ha cambiado, o he cambiado yo». La nueva naturaleza

sigue en pos del bien tan naturalmente como la vieja naturaleza andaba en pos del mal. ¡Qué gran bendición es obtener esta naturaleza nueva! Sólo el Espíritu Santo te lo puede infundir...

Has visto, quizás, una langosta que, peleándose con otra langosta, ha perdido una pata, y luego le ha crecido una pata nueva. Cosa admirable es esto, pero muchísimo más maravilloso es que al hombre se le regenere el corazón. Esto sí que es un milagro, un hecho que sobrepuja todo poder de la naturaleza. He aquí un árbol: si cortas una de sus ramas, otra podrá crecer en su lugar; pero, ¿puedes cambiar su naturaleza? ¿Puedes volver dulce su savia amarga? ¿Puedes hacer que el espino produzca higos? Podrás injertarle algo mejor, siendo esto la analogía que la naturaleza nos ofrece acerca de la obra de la gracia; pero cambiar la savia vital del árbol, esto sería un milagro de verdad. Tal prodigio y misterio de poder obra Dios en todos los que creen en Cristo Jesús.

Si te sometes a su operación divina, el Señor transformará tu ser. Él subyugará la naturaleza vieja, y te infundirá vida nueva. Confía en el Señor Jesús y Él quitará de tu carne el corazón duro de piedra, dándote un corazón blando como de carne. Todo lo duro será blando, todo lo vicioso virtuoso; toda inclinación hacia abajo se elevará con fuerza viva hacia arriba. El león furioso dará lugar al cordero manso, el cuervo inmundo huirá de la paloma blanca, la serpiente engañosa quedará aplastada bajo el pie de la verdad...

Con mis propios ojos, he visto tales cambios admirables del carácter moral y espiritual que no desespero de la maldad de nadie. Si no fuera indecoroso, indicaría a mujeres impuras, hoy puras como la blanca nieve, y a hombres blasfemos que actualmente alegran a todos con su conducta y devoción. Los ladrones se transforman en personas honradas, los borrachos en sobrios, los mentirosos en veraces, los burladores en personas sensatas y celadoras por la causa del Señor. Donde quiera que la gracia de Dios se haya manifestado, ha enseñado al hombre a renunciar a la impiedad y a

los deseos mundanos, y a vivir templada, justa y piadosamente en este siglo malo...

«Yo no puedo efectuar este cambio», me dirás. ¿Quién ha dicho que puedes? Las Escrituras que hemos citado no hablan de lo que puede hacer el hombre, sino de lo que puede hacer Dios, y a Él corresponde cumplir sus promesas y encargos. Confía en que él cumplirá su palabra en ti, y ciertamente lo hará.

Pero, «¿cómo se hará?» ¿Es necesario que Dios explique su modo de obrar antes de que creas en Él? Su proceder en este caso es un gran misterio, que sólo el Espíritu Santo lleva a cabo...

El que ha hecho la promesa es el responsable de su cumplimiento, y su capacidad corresponde perfectamente al caso. Una vez más repito, Dios, que promete efectuar tan asombrosa operación, la llevará a cabo, sin duda alguna, en todos cuantos por fe reciban a Jesús, porque leemos que «a todos los que le recibieron (...) dióles potestad de ser hechos hijos de Dios» (Jn. 1:12). ¡Haga Dios que tú lo creas! Dale la oportunidad de cambiar tu corazón, creyendo verdaderamente que Él es capaz de hacerlo.

## 5. Por gracia, mediante la fe

*«Por gracia sois salvos, por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios» (Ef. 2:8).*

Creo bueno insistir en un punto especial, con el objeto de suplicar al lector observe en espíritu de adoración el origen de la fuente de nuestra salvación, que es la gracia de Dios:

«Por gracia sois salvos».

Los pecadores son convertidos, perdonados, purificados, salvos, todo porque Dios es lleno de gracia. No es porque haya algo en ellos o que pueda haber algo en ellos para que sean salvos, sino que se salvan por el amor infinito, por la bondad, por la compasión, misericordia y gracia de Dios. Detente, pues, por un momento en el origen de la fuente. Contempla el río cristalino del agua de vida que emana del Trono de Dios y del Cordero.

¡Qué profunda es la gracia de Dios! ¿Quién sondeará su profundidad? Semejante a los demás atributos de Dios, la gracia es infinita. Dios está lleno de amor, porque «Dios es amor» (1 Jn. 1:16); bondad infinita y amor infinito forman parte de la esencia de la Divinidad. Por esta razón, porque «para siempre es su misericordia» (Sal. 107:1), no ha echado a la humanidad a la perdición. Y ya que no cesan sus compasiones, los pecadores son conducidos a sus pies y hallan perdón.

Acuérdate bien de esto, si no caerás acaso en el error fijándote demasiado en la fe que es el conducto de la salvación, de suerte que te olvides de la gracia que es la fuente y origen aun de la fe misma. Esto es, la fe es obra de la gracia de Dios en nosotros. Nadie puede decir que Jesús es Cristo, el Ungido, sino por el Espíritu Santo. «Ninguno puede venir a Mí, *-dice Jesús-* si el Padre que me envió, no le trajere». Así es que esa fe

que acude a Cristo es el resultado de la obra divina. La gracia es la causa activa, primera y última de la salvación; y esencialmente necesaria, como es la fe, no es más que parte indispensable del método que la gracia emplea. Somos salvos «mediante la fe», pero la salvación es «por gracia».

Proclámense estas palabras, como por trompeta de arcángel: «Por gracia sois salvos».

¡Cuán buena nueva es ésta para los indignos!

Puédese asemejar la fe a un conducto: la gracia es la fuente y la corriente y la fe el acueducto por el cual fluye el río de misericordia para refrescar a los hombres sedientos. ¡Qué lástima cuando se rompe el acueducto! Una vista muy triste ofrecen muchos acueductos costosos en los alrededores de Roma, que ya no más conducen agua a la ciudad, porque los arcos están rotos y esas obras admirables yacen en ruinas. El acueducto debe mantenerse ileso para conducir la corriente y, así, la fe debe ser verdadera y sana, dirigida directamente a Dios y bajando directamente a nosotros para que resulte un conducto útil de misericordia para nuestras almas.

Otra vez, te recuerdo que la fe sólo es el conducto o el acueducto y no la fuente, y que no debemos fijarnos tanto en ella que la elevemos por encima de la fuente de toda bendición que es la gracia de Dios. No construyas nunca de tu fe, ni pienses en ella como si fuese la fuente indispensable de la salvación. Recuerda: hallamos la vida espiritual por una mirada de fe al Crucificado, no por una mirada a nuestra fe. Sí, mediante la fe todas las cosas nos son posibles; sin embargo, el poder no está en la fe, sino en Dios, en quien la fe reposa. La gracia es la locomotora y la fe es la cadena mediante la cual el vehículo del alma se ata a la gran fuerza motriz. La justicia de la fe no es, finalmente, la excelencia moral de la fe, sino la justicia de Cristo Jesús que la fe acepta y se apropia. Tampoco la paz del alma no se deriva de la contemplación de nuestra fe, sino que nos viene de Aquel que «es nuestra paz», el borde de cuyo vestido la fe toca, saliendo de Él la virtud que inunda el alma.

Aprende esto, querido amigo, que la flaqueza de tu fe no te echará a la perdición. Aun una mano temblorosa podrá recibir una dádiva de oro precioso. La salvación nos puede venir con una fe tan pequeña como un grano de mostaza, porque la potencia yace sólo en la gracia de Dios. Importantísimos mensajes se mandan a causa de conductas débiles, y el testimonio del Espíritu Santo que comunica paz, puede llegar al corazón mediante una fe tan tenue que apenas merezca tal nombre. Piensa más en Aquel a quien miras que en la mirada. Es preciso quitar la vista de tu propia persona y de los alrededores a fin de no ver a otro que no sea a Jesús y a la gracia de Dios en Él revelada.

Llegados a este punto, cabe preguntarse qué es la fe, de la cual se dice que «por gracia somos salvos». Existen muchas definiciones de lo que es la fe; pero casi todas las que he leído me han dejado más ignorante que antes de leerlas. Podemos explicar la fe hasta que nadie la entienda... La fe es la cosa más sencilla del mundo y, acaso por esta misma sencillez, la de más difícil explicación...

La fe se compone de tres cosas: conocimiento, creencia y confianza. Primero viene el conocimiento, ¿cómo, si no, creerán a «Aquel de quien no han oído» (Ro. 10:14)? Necesito saber de un hecho antes de que me sea posible creerlo:

«La fe es por el oír» (Ro. 10:17).

Es preciso oír para saber lo que se ha de creer:

«En ti confiarán los que conocen tu Nombre» (Sal. 9:10).

Algún conocimiento es esencial para la fe; de ahí la importancia de conseguir conocimiento:

«Inclinad vuestros oídos y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma» (Is. 55:3).

Tal era la palabra del profeta antiguo, y tal es la palabra del Evangelio todavía. Escudriña las Escrituras y aprende lo que el Espíritu Santo enseña respecto a Cristo Jesús y su salvación:

«Porque es menester que el que a Dios se allega, crea que le hay y que es galardonador de los que le buscan» (Hch. 11:6).

¡Concédate el Espíritu Santo conocimiento y temor al Señor! Entérate del Evangelio, de su buena nueva, de cómo habla del perdón gratuito, del cambio de corazón, de la adopción en la familia de Dios y de bendiciones innumerables de otras clases. Aprende especialmente acerca de Cristo Jesús, el Hijo de Dios, el Salvador de los hombres, unido a nosotros por la naturaleza humana, no obstante de ser uno con Dios, siendo así idóneo para obrar como Mediador entre Dios y los hombres, capacitado para colocar su mano sobre ambos y de ser el eslabón entre el pecador y el Juez de toda la Tierra. Sí, procura conocer a Cristo Jesús más y más; y de un modo especial, la doctrina de su sacrificio expiatorio, ya que éste es el punto principal en que la fe salvadora se fija principalmente:

«Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí, no imputándoles sus pecados» (2 Co. 5:19).

Procura saber que Jesús fue hecho por nosotros maldición, como está escrito:

«Maldito cualquiera que es colgado en madero» (Gá. 3:13).

Haz tuya la doctrina acerca de la obra de la sustitución de Cristo, porque en ella se halla el más bendito consuelo para los hijos de los hombres culpables, puesto que Dios «le hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él» (2 Co. 5:21). Definitivamente, la fe principia por el conocimiento.

Una vez obtenido el conocimiento, pasa el alma a la creencia de que estas cosas son verdaderas. Esto es, el alma cree que Dios existe y que oye el clamor de los corazones sinceros, que el Evangelio procede del Cielo, que la justificación por la fe es la *gran Verdad (en mayúsculas)* que Dios ha revelado en estos postreros tiempos con más claridad que antes. Luego, el corazón cree que Jesús es en realidad nuestro Dios y Salvador, el Redentor de los hombres, Profeta, Sacerdote y Rey de su pueblo. Todo esto lo acepta el alma como verdad cierta y fuera de duda. Pido a Dios que llegues a esta fe en seguida. Afírmate bien en la creencia de que la sangre de Je-



sucristo, el Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado; que su sacrificio expiatorio fue perfecto y plenamente aceptado por Dios en lugar del hombre, de suerte que el que en Jesús cree, no sea condenado. Cree en estas verdades, como crees en otras afirmaciones, porque la diferencia entre la fe común y la fe salvadora consiste principalmente en los objetos de la creencia. Cree en el testimonio de Dios, como crees en el testimonio de tu propio padre o de algún amigo:

«Si recibimos el testimonio del hombre, mayor es el testimonio de Dios» (1 Jn. 5:9).

Hasta aquí has ido avanzando en el camino de la fe; sólo falta una parte más para completarla: a saber, la confianza. Así, entrégate confiado al Dios de misericordia, pon tu confianza en el Evangelio de gracia, abandona tu alma confiadamente en el Salvador muerto y resucitado por ti, contempla seguro la limpieza de tus pecados en la sangre expiatoria de Jesús, acepta cual tuya su justicia perfecta, y todo estará bien...

La confianza es la esencia vital de la fe: sin ella no hay fe salvadora. Los puritanos solían explicar la fe usando la palabra «reclinación» en el sentido de apoyarse reclinado sobre algo. Apóyate con todo tu peso sobre Cristo. Me expresaría más claramente si dijera: «¡Extiéndete recostado sobre la Roca de los siglos!». Abandónate en los brazos de Jesús, entrégate, descansa en Él. Habiéndolo hecho así, has puesto la fe en práctica. La fe no es cosa ciega, puesto que principia por el conocimiento. No es cosa de conjeturas, por cuanto la fe se funda en hechos ciertos. No es cosa de sueños, porque la fe encomienda su destino reposadamente a la verdad de la revelación divina. Esto es un modo de explicar la fe. No sé si sólo he logrado embrollar el asunto.

Permítaseme otra prueba. La fe es creer que Cristo es lo que se dice, que hará lo que ha prometido hacer, y esperar que cumpla lo prometido. Las Escrituras hablan de Jesucristo como Dios, Dios manifestado en carne humana; como perfecto en su carácter, sacrificio expiatorio que lleva nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, quien ha acabado la prevaricación,

concluido el pecado e introducido la justicia eterna. La Biblia nos dice además que resucitó de los muertos, que vive para siempre intercediendo por nosotros, que ha ascendido a la gloria, tomando posesión de ella para favor de su pueblo y que pronto volverá para «juzgar al mundo en justicia y a su pueblo con equidad». Debemos creer firmemente que así es, ya que así lo hizo saber el Dios Padre diciendo:

«Éste es mi Hijo amado; a Él oíd» (Mr. 9:7).

A Éste rinde testimonio también el Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo ha testificado de Cristo tanto por la Palabra inspirada como por diversos milagros y su obra en los corazones de los hombres. Nos es preciso creer que es verdadero este testimonio.

La fe cree también que Cristo hará lo que ha prometido, que habiendo prometido no echar fuera a nadie que acude a Él, es cierto que no nos echará a nosotros. Habiendo ya dicho: «El agua que Yo le daré, será una fuente de agua que salte para la vida eterna» (Jn. 4:14), esto debe ser verdad; de modo que si nosotros recibimos de Cristo esta agua de vida, permanecerá en nosotros y saltará en nosotros como corrientes de una vida santa. Realmente, cualquier cosa que Cristo haya prometido hacer la hará, y debemos creerlo, pues de su mano esperamos el perdón, la justificación, la protección y la gloria eterna, todo según lo prometido a los que creen en Él.

Por lo tanto, debemos cada cual confiar en Jesús, pronunciando los siguientes votos: «Será lo que ha dicho que es y hará lo que ha prometido hacer. Yo me entrego en las manos de Aquel que se encargó de nuestra salvación. Descanso, pues, en su promesa». Tal es la fe salvadora, y quien la posee tiene vida eterna. Cualesquiera que fuesen los peligros y pruebas, tinieblas y temores, debilidades o pecados, el que así cree en Cristo Jesús no es condenado, ni vendrá jamás a condenación.

Deseo que te sirva para algo esta explicación, sabiendo que el Espíritu de Dios lo usará para llevar al lector inmediatamente a la paz:

«No temas; cree solamente» (Lc. 8:50).

Pero temo que el lector quede contento con el mero conocimiento de lo que sea preciso hacer sin nunca hacerlo. Mejor es la fe más pobre obrando que el mejor conocimiento en las regiones de la fantasía. ¡Gran cosa es creer de hecho en Jesús en este mismo momento! No te preocupes de distinciones y definiciones; el hambriento come sin comprender la composición química de los alimentos, la anatomía de la boca o el proceso digestivo: vive porque come. Otro mucho más sabio comprende perfectamente la ciencia de la nutrición, pero si no come, morirá a pesar de su conocimiento. Sin duda, hay muchos en el infierno que comprendieron bien la doctrina de la fe pero que dejaron de creerla. Por otra parte, ni uno de los que confiaron en el Señor Jesús perecieron, aun cuando nunca supieron explicar bien su fe. Querido lector, recibe al Señor Jesús cual único Salvador de tu alma, y vivirás eternamente:

«El que cree en el Hijo tiene vida eterna» (Jn. 3:36).



## 6. Por gracia, mediante la fe (Continuación)

«Por gracia sois salvos, por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios» (Ef. 2:8).

Para aclarar aún más el asunto de la fe, daré aquí unos cuantos ejemplos. Aunque solo el Espíritu Santo puede dar vista al ciego, es tanto mi deber como un placer proporcionar al lector toda la luz que me sea posible, pidiendo al Señor que abra los ojos ciegos. ¡Haga Dios que el lector pida lo mismo!

La fe tiene semejanzas con el cuerpo humano. Por ejemplo, la fe es el ojo que mira las cosas; por el ojo introducimos en la mente los objetos lejanos, el sol, las estrellas, con una sola mirada. Igualmente, por medio de la fe, podemos hacer que Jesús se nos acerque y que, aunque esté en el lejano Cielo, entre en nuestro corazón. Mira a Jesús tan solo, porque contiene la pura verdad, el cántico que dice:

«Vida hay por mirar a Jesús...

La mirada de fe al momento la vida te da».

La fe es la mano que coge; cuando una mano coge y se apropia de algo, hace precisamente lo mismo que la fe al apropiarse de Cristo y de las bendiciones de la redención. La fe dice: «Jesús es mío».

Asimismo, la fe oye hablar de la sangre mediante la cual hay perdón y exclama: «¡La acepto para perdón de mis culpas!».

También la fe dice que son suyos los legados de Jesús, y dice bien porque la fe es la heredera de Cristo, quien habiéndose dado a sí mismo, dio todo lo que tenía a la fe. Aprópiate, pues, de lo que la gracia te ha legado. No resultarás hurtador, porque tienes permiso divino:

«El que quiera tome del agua de vida de balde» (Ap. 22:17).

La fe es, además, la boca que se alimenta de Cristo. Pero antes de que la comida nos alimente, es preciso tomarla. ¡Cosa bien sencilla es comer y beber! De buena gana tomamos por la boca el alimento consintiendo que baje por nuestro cuerpo, donde es absorbido. Lo mismo debemos procurar con el alimento espiritual, permitir que baje al alma:

«Cerca de ti está la Palabra, en tu boca y en tu corazón» (Ro. 10:8).

¡Ojalá que hubiera hambre espiritual entre la gente! Pues el hambriento que tiene la comida delante de sí no necesita aprender a comer:

«Dame un cuchillo, un tenedor y la oportunidad».

Ciertamente, un corazón hambriento y sediento de Cristo sólo necesita saber que está convidado para recibirle enseguida. Si tú, lector, te hallas en esta condición, no vaciles en recibirle, pues puedes estar seguro de que nunca quedarás reprendido por hacerlo:

«...porque a todos los que le recibieron, dióles potestad de ser hechos hijos de Dios» (Jn. 1:12).

Las ocupaciones ordinarias de la vida ilustran también la fe de varios modos... El agricultor, por ejemplo, deposita su semilla en la tierra confiando en que no sólo viva, sino que se multiplique; tiene fe en el arreglo del pacto de que la siembra y la siega no cesarán, y queda recompensada ésta su fe.

Igualmente, el comerciante entrega su dinero al cuidado de un banquero, confiando del todo en su honradez y en la solidez de su banco; entrega su capital en manos de otro, y se siente más tranquilo que si guardara su oro en casa propia.

El marino se encomienda al mar undoso; al nadar quita los pies del fondo y descansa en las alas del océano. No podría nadar, si no se abandonara del todo al elemento líquido.

También el platero pone su oro precioso en el fuego, que parece ávido de consumirlo; pero lo saca de nuevo, purificado por el calor del horno.

Y es que en cualquier esfera de la vida puedes ver la fe en operación. Ahora bien, precisamente como en la vida diaria practicamos la confianza, así debemos hacerlo respecto a Dios, según se nos revela en Cristo Jesús.

Otro aspecto a tener en cuenta es que la fe existe en diferentes personas según su medida de conocimiento o crecimiento en la gracia. A veces, la fe no es más que un sencillo apego a Cristo: un sentimiento de dependencia y de voluntad de vivir dependiente. Te propongo un experimento: anda suavemente roca arriba; en la orilla del mar verás ciertos moluscos apegados a las rocas. Pega a un molusco con el bastón, y comprobarás cómo queda suelto en seguida. Repítelo con otro molusco cercano; éste ha oído el golpe, ha quedado avisado, y se apega con toda su fuerza a la roca. Pégale tanto como quieras... ¡No le soltarás, no! Más bien romperás el bastón. El molusco no sabe mucho, pero sabe apegarse a la roca: esto es todo su conocimiento y lo usa para su seguridad y salvación. Paralelamente a esta ilustración, nosotros, pecadores, hemos de apegarnos a Cristo. Miles de almas del pueblo de Dios no tienen más fe que ésta: acogerse de todo corazón a Jesús para su seguridad eterna. Eso es lo único que basta... Jesús es nuestra roca inmovible e inmutable.

La fe se manifiesta cuando una persona confía en otra con motivo del conocimiento de su superioridad. Esta fe es de más alta categoría: fe que conoce y reconoce la razón de su dependencia, obrando conforme a tal conocimiento. Poco conocerá el molusco de la roca; pero conforme vaya creciendo, la fe resulta más inteligente. Un ciego se entrega a su guía porque sabe que éste tiene vista y, confiado en él, anda por donde el guía le conduce. Aún sin saber qué es la vista, pues nació ciego, sabe que existe y que su guía está dotado de ella. Para los creyentes que tienen la fe de este ciego van dedicados los siguientes versículos:

«Andamos por fe, no por vista» (2 Co. 5:7).

«Bienaventurados los que no vieron y, sin embargo, creyeron» (Jn. 20:29).

Así, sabemos que Jesús posee la virtud, el poder y la bendición que no poseemos nosotros. Entonces, nos entregamos a Él para que sea por nosotros lo que no podemos ser:

«...nos ha sido hecho por Dios sabiduría y justificación y santificación y redención» (1 Co. 1:30).

Todo niño que va a la escuela ejerce fe en las enseñanzas de su maestro. Éste le enseña geografía, instruyéndole respecto a la forma de la Tierra y la existencia de ciertos imperios y grandes ciudades. El niño no sabe que estas cosas son verdaderas, a menos que tenga fe en el maestro y en los libros que usa. Lo mismo nos toca hacer en orden a Cristo, si quieres ser salvo: es preciso que lo sepas, porque Él te lo dice, te lo asegura y te promete que el resultado será la salvación presente y eterna.

En definitiva, casi todo lo que tú y yo sabemos nos ha venido por la fe. Se ha hecho un descubrimiento científico y estamos seguros de ello por la autoridad de ciertos científicos bien conocidos, cuya reputación ha quedado establecida; nunca hemos visto sus experimentos, pero creemos su testimonio. Es preciso que hagas lo propio en orden al Señor Jesús: ya que Él te enseña ciertas verdades, debes obrar como discípulo creyendo su Palabra. Sí, Cristo ha realizado cierta obra magna, y debes obrar como recipiente encomendándote a su gracia. Él es tu superior en grado infinito, recomendándose a tu confianza cual Maestro supremo y Señor de señores. Si le recibes a Él y a su Palabra, de cierto serás salvo.

Otra forma de fe superior es la que nace del amor. ¿Por qué confía el niño en su padre? Porque ama a su padre. Bienaventurados y dichosos son los que tienen una fe infantil en Cristo, mezclada con una profunda afección, porque esta fe y confianza proporciona verdadera tranquilidad y reposo al alma. Estos amantes de Jesús viven encantados de la hermosura de sus atributos, se gozan grandemente en su misión y son transportados de alegría por su bondad y gracia manifiestas; así es que no pueden por menos que confiar en Él, ya que tanto le admiran, reverencian y aman.



Se cuenta la historia de la esposa de uno de los primeros médicos del siglo XIX, la cual contrajo una grave enfermedad, pero conservó una calma y quietud admirables porque su esposo era un especialista renombrado en combatir dicha enfermedad. Así, se sentía perfectamente salva en las manos de su amado esposo, en quien la habilidad y el amor se juntaron en sumo grado. Ésta es la clase de fe que el creyente más dichoso ejerce respecto a Cristo. No hay médico como Él. Le amamos y Él nos ama a nosotros; por consiguiente, nos entregamos en sus manos, aceptamos lo que nos prescribe y hacemos lo que nos manda. Estamos persuadidos de que nada erróneo se nos mandará mientras que Él sea el Director de nuestros asuntos, porque nos ama demasiado para permitir que perezcamos o suframos la más mínima pena superflua.

La fe es la raíz de la obediencia, y esto se puede ver con toda claridad en los asuntos de la vida. Cuando un capitán, por ejemplo, confía el buque a un piloto para que lo lleve a puerto, éste lo maneja según su ciencia y voluntad. Cuando un viajero se confía a un guía para que le conduzca a través de algún paraje difícil, éste sigue paso a paso el sendero que el guía le señala. Todo lo dicho sirve para confirmar que la fe que rehúsa obedecer los mandamientos del Salvador no es más que un pretexto y no salvará jamás al alma. Confiamos en Jesús para que nos salve, dándonos Él las indicaciones necesarias respecto al camino de la salvación; seguimos estas indicaciones y quedamos salvos. ¡No se olvide de esto el lector! Confíate a Jesús y dale pruebas de tu confianza haciendo lo que te diga.

Finalmente, la fe nace del conocimiento cierto: lo que resulta del crecimiento en la gracia. Ésta es la fe que cree en Cristo, porque le conoce, y confía en Él, porque tiene la experiencia de que es infaliblemente fiel. Cierta señora cristiana solía poner P. C. (*Promesa Cumplida*) en los márgenes de su Biblia, siempre que hubiese puesto a prueba alguna promesa. ¡Cuán fácil es confiar en un Salvador puesto a prueba y hallado fidedigno! No puedes hacer esto todavía, pero lo harás. Todo requiere un

principio... Contempla al marino; muchas veces le he admirado: suelta los cables, abandona tierra; pasan días, semanas, acaso meses, sin que vea tierra o velas. No obstante, prosigue adelante, noche y día, sin temor, hasta que una mañana divisa puerto... ¿Cómo ha podido hallar el camino a través del profundo mar sin vestigio de huella? Porque ha confiado en su brújula, en su carta marina, en su antejo, en los cuerpos celestes; y obedeciendo sus indicaciones, sin ver tierra, ha dirigido su buque exactamente sin variar el curso para arribar a puerto. ¡Qué maravilla! Es admirable ese modo de navegar sin vista terrestre. Espiritualmente, es cosa bendita alejarnos de todo sentimentalismo absurdo y de preocupaciones terrenas, diciendo «adiós», para adentrarnos en el desconocido océano, en dirección al puerto del Cielo, siguiendo las directrices de la carta marina, que es la Palabra de Dios:

«Bienaventurados los que no han visto y, sin embargo, han creído [...] Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (Jn. 20:29).

¡Y buena protección en el viaje! ¿No querrá el lector poner su confianza en Dios manifestado en Cristo Jesús? En Él confío yo contento. Amigo, ven conmigo, y cree en nuestro Padre y en nuestro Salvador. ¡Ven, sin tardar!

## 7. ¿Por qué nos salvamos por la fe?

*«...tu fe te ha salvado; vé en paz» (Lc. 7:50).*

¿Por qué se ha escogido la fe cual medio de la salvación? Sin duda, ésta es una pregunta muy frecuente. «Por gracia sois salvos mediante la fe» (Ef. 2:8), es ésta sin contradicción una de las doctrinas de las Escrituras, plan y arreglo de Dios. Pero, ¿por qué se ha escogido la fe y no la esperanza, el amor o la paciencia?

Los caminos de Dios no son siempre comprensibles, ni se nos permite ser presuntuosos poniéndolos en tela de juicio. Quisiéramos responder humildemente que, en cuanto comprendemos nosotros, se ha elegido la fe cual medio de la gracia porque en la fe hay una capacidad natural propia para servir de receptor. Supongamos que voy a dar una limosna a un pobre: la pongo en sus manos, ¿por qué? No sería propio ponerla en sus oídos, ni en sus pies; la mano parece haber sido hecha a propósito para recibir. Así en nuestra constitución mental, la fe se ha creado a propósito para recibir: es, como vimos en el capítulo anterior, la mano del alma que tiene la capacidad de recibir la gracia...

La fe que recibe a Cristo es un hecho tan sencillo como cuando un niño recibe de ti una manzana, porque tú la extiendes con tu mano prometiéndosela, si viene a tomarla. En este caso, tanto la fe como el acto de recibir se refieren a una manzana, pero constituyen precisamente el mismo hecho que tratándose de la salvación eterna. Lo que es la mano del niño en orden a la manzana, esto es tu fe en orden a la salvación perfecta en Cristo. La mano del niño no hace la manzana, ni la mejora, ni la merece: sólo la acepta. Y la fe se ha elegido por Dios para

ser la recibidora de la salvación, porque no pretende crear la salvación, ni ayudar a mejorarla, sino que está contenta de recibirla humildemente. «La fe es la lengua que pide perdón, la mano que la recibe, el ojo que la ve, pero no es el precio que la compra». La fe nunca hace para sí su propia defensa, sino que reposa todo su argumento en la sangre de Cristo. Ella viene a ser la buena criada que trae las riquezas del Señor Jesús al alma, pues reconoce de quién las recibió y confiesa que únicamente la gracia se las encargó.

Por otra parte, se escogió sin duda la fe porque ella da gloria a Dios. Además, la salvación es mediante la fe para que sea por gracia, y es por gracia para que nadie se gloríe, porque Dios no sufre el orgullo:

«Al altivo mira de lejos» (Sal. 138:6).

De ningún modo concederá la salvación a nadie sobre un plan que engendre o fomente orgullo. Ya lo escribió Pablo:

«No por obras, para que nadie se gloríe» (Ef. 2:9).

Ahora bien, la fe excluye toda gloria. La mano que recibe limosna no dice: «Merezco que se me den las gracias, porque he aceptado la limosna». Esto sería un gran absurdo. Cuando la mano lleva la comida a la boca, no dice: «Dame las gracias, porque yo te alimento». Cosa muy sencilla es lo que hace la mano, si bien muy necesaria, y nunca se le atribuye gloria. Así es que Dios ha escogido la fe para recibir el don inefable de su gracia, para que no nos atribuyamos crédito alguno, sino, en cambio, que adoremos al Dios de toda gracia, que es Dispensador de toda dádiva perfecta. La fe pone la corona en la cabeza del Digno y por lo mismo, Cristo quiso poner la corona sobre la cabeza de la fe, argumentando: «...tu fe te ha salvado; vé en paz» (Lc. 7:50).

También, Dios escoge la fe como medio de salvación porque es un modo seguro de unir al hombre con Dios. Cuando el hombre confía en el Padre, esta confianza resulta un punto de contacto entre ellos que garantiza la bendición de parte del Señor. La fe no salva, pero nos hace acogernos a Dios y, así,

nos une a Él. Con frecuencia he usado el ejemplo siguiente que debo repetir por no tener otro mejor... Hace años, un bote volcó encima de las cataratas del Niágara, y los dos hombres que estaban subidos a él fueron llevados corriente abajo. Los que vieron el accidente desde la orilla lograron echarles una cuerda, a la cual los dos se acogieron. Uno de ellos permaneció agarrado a la cuerda y fue tirado sano y salvo a tierra; pero el otro, viendo una viga grande flotando en el agua, dejó imprudentemente la cuerda y se acogió a la viga que le parecía cosa de más bulto y mejor para agarrarse a ella. No obstante, la corriente lanzó la viga con el hombre al abismo, ya que no había contacto entre la viga y la orilla. El tamaño respetable de la viga no hizo bien alguno al hombre que se acogió a ella, porque no buscó contacto con la tierra...

Igualmente, cuando una persona confía en sus obras, en sacramentos u otra cosa de semejante naturaleza, no puede salvarse, porque no hay unión entre él y Cristo: sólo la fe, aun cuando parezca cuerda delgada, es sujeta por la mano de Dios desde la orilla; su poder infinito tira de la cuerda de contacto y así se rescata el hombre de la perdición. Gloriosa bienaventuranza es la fe, porque mediante la misma quedamos unidos a Dios.

Por otra parte, se ha escogido la fe, porque ella toca los resortes de la acción, aun en las cosas ordinarias de la vida. Pienso que, acaso, no me equivoco si afirmo que nada hacemos sino mediante alguna clase de fe. Si atravieso mi habitación, es porque confío que mis piernas me llevarán. El hombre come, porque considera cierta la necesidad de alimentarse; acude a su negocio, porque piensa que hay valor en el dinero; acepta una letra, porque espera que el banco la redimirá. Colón descubrió América, porque creyó que otro continente había al otro lado del océano; y los puritanos lo colonizaron, porque creyeron que Dios estaría con ellos en esas orillas de rocas. Sí, las obras más grandes han nacido de la fe. Para bien o mal, la fe obra maravillas mediante la persona creyente. La fe, en su forma natural, es

una fuerza vencedora que entra en toda clase de obra humana (sin embargo, también es cierto que quien más fe tiene ésta suele ser de mala calidad; en verdad, éste es quien cae en una credulidad que diríamos *ridícula*, por no decir *desgraciada*).

Dios concede salvación por medio de la fe porque, creando la fe en nosotros, toca el resorte principal de nuestros sentimientos y acciones. Dicho de otra manera, se apodera de las baterías pudiendo así enviar la corriente sagrada a todas las partes de nuestro ser. De este modo, al creer en Cristo, habiéndose el corazón acogido a Dios, somos salvos del pecado, siendo llevados al arrepentimiento, a la santidad, al celo santo, a la oración, a la consagración y toda otra cosa de la gracia. «Lo que es el aceite para las ruedas; lo que son las pesas para el reloj, las alas para el pájaro, las velas para el buque, esto es la fe para los deberes y los servicios santos». Ten fe, y todas las demás gracias serán el resultado y continuarán viniendo.

Además, ya hemos visto que la fe tiene la virtud de obrar por el amor: empuja las afecciones hacia Dios y el corazón hacia las mejores cosas agradables a Dios. El que cree en Dios le amará sin falta. La fe es cosa del entendimiento, no obstante, procede también del corazón:

«...con el corazón se cree para justicia» (Ro. 10:10).

Y, por tanto, Dios concede la salvación por medio de la fe, porque ésta es vecina de las afecciones y es pariente cercano del amor, siendo el amor la madre y nodriza de todo acto y sentimiento santo. El amor a Dios equivale a obediencia, el amor al prójimo es santidad. En otras palabras, amar a Dios y amar al prójimo es llegar a ser conforme a la imagen de Cristo, lo que significa salvación.

Por otra parte, la fe produce paz y gozo; quien la tiene, descansa tranquilo y disfruta contento y gozoso, lo que es en sí mismo, una preparación para el Cielo. Dios concede todos los dones celestiales a la fe, entre otras razones porque la fe obra en nosotros la vida y el espíritu que serán eternamente manifiestos en este mundo y, mejor aún, en la gloria celestial. La fe

nos procura la armadura para la vida presente y proporciona la educación para la venidera. Ella pone al hombre en condiciones tanto para vivir como para morir sin temor; lo prepara para el trabajo y para el sufrimiento; y de ahí que el Señor la haya escogido como el medio más apropiado para comunicarnos la gracia y, mediante la misma, asegurarnos la vida eterna.

Por cierto, la fe nos sirve especialmente para otorgarnos paz, gozo y descanso espiritual. ¿Por qué procuran los hombres conseguir la salvación por otros medios? Escribió un antiguo teólogo: «Un criado necio, a quien se manda abrir una puerta, pone su hombro contra la misma empujándola con todas sus fuerzas, pero la puerta no cede, no se mueve, y no puede entrar por mucho que se esfuerce. Otro viene con una llave, abre la puerta y entra con toda facilidad. Los que procuran salvarse por sus obras están empujando las puertas del Cielo sin resultado alguno; pero la fe es la llave que abre la puerta inmediatamente».

Querido lector, ¿no quieres tú valerte de tal llave? El amor te manda creer en el Hijo amado; por lo mismo, debes hacerlo, y haciéndolo así vivirás. ¿No es esta la promesa del Evangelio?

«El que creyere y fuere bautizado, será salvo?» (Mr. 16:16).

¿Qué podrás tú alegar contra un plan de salvación que se recomienda perfecto según la misericordia y la sabiduría del Dios de gracia?





## 8. «¡Ay de mí! Nada puedo hacer...»

*«Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos» (Ro. 5:6).*

Después de haber aceptado la doctrina de la reconciliación y comprendido la gran verdad de la salvación mediante la fe en el Señor Jesús, el corazón atribulado se inquieta muy a menudo por un sentimiento de incapacidad respecto a la práctica del bien. Muchos suspiran, diciendo: «¡Ay de mí! Nada puedo hacer». Y no lo dicen en sentido de excusa, sino que lo sienten como una pesada carga diaria. Harían el bien, si pudieran y podrían bien pronunciar aquellas palabras que dijera lamentándose Pablo:

«...porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo» (Ro. 7:18).

Esta experiencia parece que anule todo el Evangelio, restándole eficacia; en otras palabras, ¿para qué sirve el alimento, si está fuera del alcance del hambriento? ¿Para qué sirve el río de agua viva, si el sediento no puede beber? Nos acordamos aquí de la anécdota del médico y del hijo de la madre pobre. El sabio dijo que su hijo pronto mejoraría bajo un tratamiento propio del caso, siendo absolutamente necesario que con toda regla tomara del mejor vino de Oporto y que pasara una temporada en los baños termales de Alemania. ¡Vaya receta para el hijo de una pobre madre que apenas tenía pan para llevar a la boca! Así, el Evangelio no resulta cosa tan sencilla al alma ansiosa, porque pide al pobre pecador que haga lo que no puede hacer; parece faltar un eslabón en la cadena. Sí, a lo lejos está el remedio, pero ¿cómo obtenerlo? El alma se siente sin fuerzas y no sabe qué hacer. Yace cerca, a la vista de la ciudad de refugio, pero sin poder entrar...

¿Es que acaso no se ha tenido en cuenta esta falta de fuerza en el plan de salvación? Ciertamente que se ha tenido en cuenta, ya que la obra del Señor es perfecta. Ésta empieza por donde nos hallamos, y nada nos pide para perfeccionarla. Cuando el buen Samaritano vio al viajero herido tendido en el camino medio muerto, no le pidió que se levantara, viniera, montara en su asno y se dirigiera a la posada, sino que se acercó a él, vendó sus heridas y púsole sobre su cabalgadura y le condujo al mesón. Así es cómo nos trata Jesús en nuestro estado desgraciado.

Hemos visto que Dios es el que justifica, que justifica a los impíos y que los justifica mediante la fe en la preciosa sangre de Jesús. Ahora vamos a ver la condición en la cual se hallan los impíos cuando empiezan a ser salvos. Muchos de ellos, cuando despiertan y ven su condición, se sienten atribulados a causa de sus pecados y de su flaqueza moral. Carecen de fuerzas para escapar del lodo en que han caído y guardarse del mismo en el porvenir. No sólo se lamentan por lo que han hecho, sino por lo que no pueden hacer. Se sienten sin fuerzas, sin recursos, sin vida espiritual. Parece extraño decir que se sienten muertos y, no obstante, así es. En su propia estimación, son incapaces de todo bien. No pueden andar en el camino hacia el Cielo por tener las piernas quebradas. ¡Menos mal que existe este versículo!

«Cristo cuando aun éramos flacos, a su tiempo murió por los impíos» (Ro. 5:6).

Aquí vemos la nulidad consciente socorrida por la intervención del Señor Jesús. Nuestra nulidad es cabal. No está escrito «cuando aún éramos comparativamente flacos, Cristo murió por nosotros», o «cuando sólo teníamos un poco de fuerza», sino que la afirmación es absoluta, sin limitación: «Cuando aun éramos flacos». Nos faltaba toda fuerza para ayudarnos en la obra de la salvación. Las palabras de Nuestro Señor eran del todo verdaderas: «Sin mí nada podéis hacer» (Jn. 15:5). Me atrevería a decir incluso que «aun estando nosotros muertos en pecados, Cristo murió por nosotros». Y hallarse muerto es todavía peor que hallarse sin fuerzas...

El gran hecho es que el pobre pecador sin fuerzas debe fijar en su mente y retener firmemente como único fundamento de esperanza la afirmación divina de que «a su tiempo, Cristo murió por los impíos». Cree en esto, y tu incapacidad desaparecerá. Como en la fábula de Midas, quien todo transformaba en oro por su tacto, así ocurre con la fe, que todo lo que toca lo vuelve bueno. Esto es, nuestras mismas faltas y flaquezas se vuelven bendiciones, cuando la fe entra en contacto con ellas.

Tal vez diremos: «Paréceme que no tengo fuerzas para concentrar mis pensamientos en los asuntos solemnes en orden a mi salvación; casi no puedo hacer una breve oración. Acaso es esto así, en parte debido a mi flaqueza física, en parte por haberme dañado por algún vicio, en parte también por mis congostas de esta vida, de modo que me incapacito para los pensamientos elevados que se requieren para la salvación del alma». Esto es una forma de debilidad pecaminosa muy común. Muchos se creen del todo incapaces de formular pensamientos consecutivos, por mucho que se esfuerzan; carecen de educación y hallan muy duro engolfarse en pensamientos profundos. Otras personas son por naturaleza tan superficiales que un argumento de raciocinio largo les sería tan difícil como volar por el aire. Son incapaces de alcanzar el conocimiento de ningún misterio profundo, aun cuando gastaran toda su vida en tal empresa. Pero no tienes que desesperar: lo que se requiere para la salvación no es un proceso de pensamiento continuo, sino una sencilla confianza en Jesús. Acógete a este hecho:

«Cristo, a su tiempo murió por los impíos».

Esta verdad no requiere un examen profundo de tu parte, raciocinio lógico, ni argumento convincente. Allí está: «Cristo, a su tiempo murió por los impíos». Fija tu mente en ello y permanece allí...

Que este gran hecho glorioso de gracia permanezca en tu espíritu hasta que perfume todos tus pensamientos y regocije tu corazón, aunque te halles sin fuerzas, teniendo al mismo

tiempo presente que el Señor Jesús ha venido a ser tu fortaleza y canción; sí, ha venido a ser tu salvación.

Según las Escrituras es un hecho divinamente revelado que a tiempo debido Cristo murió por los impíos siendo ellos aún flacos, sin fuerzas. Tal vez hayas oído estas palabras centenares de veces, pero sin haber comprendido nunca su significado. Son de sabor agradable ¿verdad? Jesús no murió por nuestra justicia sino por nuestros pecados. No vino a salvarnos porque merecíamos ser salvos, sino porque éramos enteramente indignos, arruinados, inútiles. No vino al mundo por alguna buena razón que hubiera en nosotros, sino exclusivamente por las razones que hallaba en las profundidades de su amor divino. A su tiempo murió por los que Él mismo afirma no eran piadosos sino impíos. Deja, pues, que este texto ocupe tu mente hasta encantar tu corazón y dar colorido a tus pobres pensamientos...

Oigo a otros lamentarse de este modo: «Mi falta de fuerza consiste principalmente en no poderme arrepentir bastante». ¡Qué singular idea, la que algunos tienen de lo que es el arrepentimiento! Muchos se imaginan que es necesario derramar lágrimas, exhalar suspiros y sufrir desespero. ¿De dónde nos viene idea tan errónea? La incredulidad y la desesperación son pecados y, por tanto, no veo cómo pueden constituir parte del arrepentimiento que Dios pide. Sin embargo, hay personas que consideran todo esto necesario en la experiencia cristiana. ¡Qué gran error! No obstante, comprendo lo que quieren decir, porque en los días que estaba en tinieblas, solía sentir yo lo mismo; deseaba arrepentirme pensando que no podía hacerlo, y lo cierto es que todo ese tiempo estaba arrepentido. Tan extraño como suena... Solía meterme en algún rincón y llorar, porque no podía llorar, y sufría amargamente porque no podía sufrir a causa de mis pecados. ¡Cuánta confusión, cuando en nuestro estado de incredulidad empezamos a juzgar nuestra condición espiritual! Nos parecemos al ciego que mira sus propios ojos. Se me derretía el corazón de temor, porque creía que mi corazón

era duro como una piedra. Mi corazón estaba quebrantado al pensar que no se quebrantaba. Ahora comprendo que entonces estaba yo dando muestras de poseer precisamente las cosas que creía no poseer; mas no sabía dónde me hallaba...

¡Ojalá que pudiera ayudar a otros a encontrar la luz que hoy disfruto! ¡Cuánto quisiera decir una palabra que abreviara el tiempo de trastorno en el cual te hallas!

Acuérdate de que el hombre verdaderamente arrepentido queda satisfecho de su arrepentimiento. Tan poco como podemos vivir perfectamente, podemos arrepentirnos perfectamente; por puras que sean nuestras lágrimas, siempre queda en ellas alguna suciedad... Arrepentirse significa cambiar de mente acerca del pecado, acerca de Cristo y acerca de todas las grandes cosas de Dios. En esto está incluido el dolor; pero el punto principal es volver el corazón del pecado a Cristo. Si existe en ti esta vuelta, posees la esencia del arrepentimiento, aun cuando el desespero y el sobresalto no echen sombra alguna sobre tu mente. Y es que... ¿Cómo podrías continuar con el corazón endurecido teniendo presente que Cristo murió por el impío? Permíteme persuadirte a que pienses en esto: como soy, aunque mi corazón de piedra no se ablande y en vano me golpee el pecho, no obstante, Él murió por los que son como yo, ya que murió por los impíos. Haga Dios que crea esto y sienta yo su potencia en mi corazón empedernido».

Borra todo otro pensamiento de tu mente y siéntate horas enteras meditando en esta sola manifestación excelsa de amor sin par, inmerecida e inesperada: «Cristo murió por los impíos». Lee cuidadosamente la narración de la muerte del Señor, como consta en los cuatro evangelios. Si hay algo capaz de ablandar tu corazón calloso, será la contemplación de los sufrimientos de Jesús, considerando que todo lo padeció para bien de sus enemigos:

«Crucificado en un madero,  
manso cordero, mueres por mí;  
por eso el alma triste llorosa

suspira ansiosa, Señor, por ti.  
 Miro tu angustia ya terminada,  
 hecha la ofrenda de la expiación,  
 tu noble frente mustia, inclinada,  
 y consumada mi redención.  
 ¡Dulces momentos, ricos en dones  
 de paz y gracia, de vida y luz!  
 Sólo hay consuelos y bendiciones  
 cerca de Cristo, junto a la cruz».

Ciertamente la cruz, es decir, lo que simboliza, es la potencia milagrosa que hace brotar agua de la piedra. Si entiendes bien el significado del sacrificio divino de Jesús, te arrepentirás forzosamente de haberte opuesto alguna vez a un Salvador tan lleno de amor. Escrito está:

«Mirarán a mí, a quien traspasaron, y harán llanto sobre Él como llanto sobre unigénito, afligiéndose sobre Él, como quien se aflige sobre primogénito» (Zac. 12:10).

Dicho de otra manera, el arrepentimiento no te hará ver al Señor, pero mirar al Señor hará que te arrepientas. No debes hacerte un «Cristo» producto de tu arrepentimiento, pero debes mirar al genuino Cristo para que, de ello, resulte el arrepentimiento. Así, el Espíritu Santo, volviéndonos de cara a Jesús, nos hace volver la espalda al pecado. Por tanto, vuélvete del efecto a la causa, a saber, de tu propio arrepentimiento al Señor Jesús, quien fue «ensalzado para dar arrepentimiento».

He oído a otro decir: «Me atormentan pensamientos terribles. Por doquier que se me vaya, me asaltan blasfemias. Me acuden tentaciones malignas en medio del trabajo y, aun sobre el lecho, me despiertan inspiraciones del maligno. No me puedo librar de esta tentación espantosa». Amigo, comprendo lo que quieres decir, porque el mismo lobo me ha perseguido a mí. Más fácil sería matar a un ejército de moscas con un sable que dominar los pensamientos capitaneados por el demonio. El alma tentada, acosada por las sugerencias satánicas, se asemeja al viajero, cuya cabeza, orejas y cuerpo entero fue atado por un enjambre de

abejas. No las pudo alejar de sí, ni pudo huir de ellas. Así que le picaron por todas partes, amenazando con dejarlo muerto. No me maravillo de oír que te halles sin fuerzas al intentar poner término a esos pensamientos horribles y abominables, con los cuales el diablo inunda tu alma. Por eso, quisiera recordarte el texto que introdujo este capítulo:

«Cristo, cuando aún éramos flacos, a su tiempo murió por los impíos» (Ro. 5:6).

Jesús sabía cómo nos hallábamos: veía que no podíamos vencer al príncipe del poder del aire. Sabía que nos molería terriblemente; pero precisamente entonces, viéndonos en esa condición, murió por los impíos. Echa el ancla de tu fe sobre este hecho. El mismo demonio no podrá decirte que tú no eres impío; cree, pues, que Cristo murió por ti. Acuérdate de como Martín Lutero aplastó la cabeza de la serpiente con su propia espada. «¡Ah! -*le dijo Satanás*- Tú eres pecador». «Cierto -*respondió Lutero*- Pero Cristo murió para salvar a los pecadores». Así le venció con su propia espada. Escóndete en este refugio y quédate en él. Si te acoges a esta verdad, los pensamientos blasfemos que tú no puedes ahuyentar a causa de tu flaqueza se apartarán de ti por sí mismos, y satanáas verá que no ha logrado atormentarte...

Por medio de esos pensamientos, el demonio intenta llevarte a la desesperación o, cuando menos, quiere impedir que confíes en Jesús. La pobre mujer enferma no pudo acercarse a Jesús a causa de la multitud, y tú estás en condición semejante a causa de la multitud de malos pensamientos que te oprimen. Sin embargo, ella extendió el dedo y tocó el borde del vestido del Señor, y quedó sana. Haz tú lo mismo.

Jesús murió por los culpables «de toda clase de pecado y blasfemia»; así que no rechazará a los que sin quererlo son acusados por los pensamientos. Échate confiado sobre Él, pensamientos y todo, y verás como es poderoso para salvarte. Él pondrá fin a esas inspiraciones del maligno y te hará verlas en su verdadera luz, de suerte que no te atormenten más. Te quiere y puede salvarte, de modo que por fin disfrutes de per-

fecta paz. Solamente confía en Él tanto respecto a esto como en orden a todo lo demás.

Perplejidad dolorosa es la forma de incapacidad que consiste en la supuesta falta de poder para creer. No nos es extraña la queja que dice:

«Con tal que creer pudiera,  
muy grato todo me sería:  
no puedo, si bien quisiera;  
es tal la miseria mía».

Muchos quedan a oscuras durante años y años por falta - según dicen- de poder hacer lo que en realidad no es «hacer», sino un abandono de todo poder para entregarse al poder de otro, al Señor Jesús mismo. Verdad es que todo este asunto de creer es cosa muy singular, porque las personas que se esfuerzan en sentido de procurar creer no hallan auxilio en la empresa. La fe no viene por tratar o procurar creer. Si alguien me relatara algo que ocurrió esta mañana, no procuraría yo creer lo referido. Si tuviera fe en su honradez y se me presentara como testigo ocular, aceptaría su testimonio sin más ni más. Si no le creyera persona fidedigna, descreería naturalmente; pero en ningún caso habría lugar para tal cosa como «procurar creer». Ahora bien, declarando Dios mismo que en Cristo Jesús hay salvación, forzosamente debo creerlo en seguida, o tratarle de mentiroso. Por cierto que no dudarás respecto a lo que sea el recto proceder en este caso. El testimonio de Dios debe ser verdadero y, siendo así, nos hallamos bajo la obligación de creer sin demora.

Pero tal vez has procurado creer demasiado. No aspire a cosas exorbitantes. Conténtate con una fe que abarca esta sola verdad: «Cristo, cuando aún éramos flacos, a su tiempo murió por los impíos». Él dio su vida por los hombres cuando aún no creían en Él, ni eran capaces de hacerlo. Murió por los hombres no como creyentes, sino como pecadores. Vino para hacer a estos pecadores creyentes y santos. Si te afirmas en la verdad de que Cristo murió por los impíos y lo crees, tú fe te



salvará y podrás ir en paz. Si quieres confiar tu alma al Señor Jesús que murió por los impíos, eres salvo, aun cuando todavía no puedas creer en todas las cosas, ni mover las montañas, ni hacer otras cosas maravillosas. No es la gran fe la que salva, sino la verdadera fe; y la salvación no está en la fe, sino en Cristo, en quien la fe confía. Una fe tan pequeña como un grano de mostaza basta para traernos la salvación; porque no es la medida de fe la que se toma en cuenta, sino la sinceridad de la fe. Ciertamente el hombre puede creer lo que sabe que es verdad; y como sabes que Jesús es verdadero, tú, amigo, puedes creer en Él.

La cruz, que es el objeto de la fe, es también, por la potencia del Espíritu Santo, la fuente de la misma. Siéntate y contempla en espíritu al Salvador moribundo hasta que brote la fe espontáneamente del corazón. No hay lugar mejor que el Calvario para producir la confianza. La atmósfera de ese collado sacro proporciona vigor a la fe vacilante. Muchos que allí han contemplado al Redentor han dicho:

«Mirándote herido, moribundo  
en vil madero como delincuente,  
la fe en ti, Señor, en lo profundo  
del corazón nacer se siente».

«¡Ay de mí! -dice otro- Mi falta de fuerza consiste en que no puedo abandonar el pecado, y sé bien que no puedo ir al Cielo cargado de pecado». Me alegro de que sepas esto, porque es la pura verdad. Es preciso divorciarse del pecado para casarse con Cristo. Acuérdate de la pregunta que penetró la mente de Bunyan, ocupado en sus juegos en el día del Domingo: «¿Quieres guardar tus pecados e ir al infierno o abandonar tus pecados e ir al Cielo?» Esto le dejó parado. Es una pregunta que todo hombre tendrá que contestar porque continuar en el pecado e ir al Cielo es imposible. Te es preciso abandonar el pecado o abandonar la esperanza. Si contestas: «Sí, la voluntad no me falta. Tengo el querer, mas efectuar lo que deseo, no lo alcanzo. El pecado me domina y no tengo fuerzas». Ven, pues,

si no tienes fuerzas, aún hay remedio en este texto: «Cristo, cuando aun éramos flacos murió por los impíos».

¿Puedes creer esto todavía? Por mucho que otras cosas, al parecer, lo contradigan, ¿quieres creerlo? Dios lo ha dicho; es un hecho y, por tanto, acógete al mismo por amor de tu alma, porque allí está tu única esperanza. Créelo y confía en Jesús, y pronto hallarás poder para aniquilar tu pecado.

Personalmente nunca podría haber vencido sobre mi naturaleza pecaminosa. Procuraba, pero fracasé. Mis malas inclinaciones eran demasiado numerosas, hasta que, creyendo que Cristo murió por mí, abandoné mi alma culpable en sus brazos, y entonces recibí potencia para vencer mi propio «yo» pecaminoso. La doctrina de la cruz puede usarse para combatir el pecado como los guerreros antiguos usaban las espadas formidables de dos mangos, diezmando al enemigo a cada golpe. Si Cristo ha muerto por mí, impío como soy, sin fuerza como me hallo, síguese que no puedo vivir más en el pecado, sino que debo excitarme al amor y servicio del que me ha redimido. No puedo jugar con el mal que ha matado a mi mejor Amigo. Debo ser santo por amor a Él mismo. ¿Cómo puedo yo vivir en el pecado siendo así que Él ha muerto para salvarme del pecado?

Es tan difícil para muchas mentes oscurecidas, pervertidas e incrédulas ver la esencia del Evangelio... A veces, al acabar la predicación, he salido tan convencido de haberme explicado claramente acerca del Evangelio, que me animaba con la idea de que hasta los más torpes me habían tenido que comprender; sin embargo, con desaliento he comprobado que nadie ha madurado correctamente lo que significa «mirar al Señor, y ser salvos» (Is. 45:22). Finalmente, mi conclusión es que el Evangelio es un desconocido, no por falta de explicación, sino por falta de revelación personal. Es decir, el Espíritu Santo está dispuesto a conceder conocimiento a los que se lo piden. Pero, aún después de concederlo, la suma total de lo revelado está contenido en las palabras: «Cristo murió por los impíos». Éste es el verdadero conocimiento que debe ser comprendido...

En último lugar están los que se quejan de este modo: «¡Ay, ay! Mi flaqueza consiste en no poder permanecer firme. En la predicación del domingo, oigo la Palabra y me impresiona; pero durante la semana doy con un mal compañero y desaparecen mis buenas emociones. Mis compañeros de trabajo no creen en nada y dicen tantas barbaridades... Yo no sé cómo contestarles, y así quedo derrotado». Te conozco, *señor dobladizo*, y te tengo lástima; pero al mismo tiempo, si eres sincero, te diré que hay remedio para tu flaqueza en la gracia divina. El Espíritu Santo tiene potestad para echar fuera el espíritu de temor. Él puede hacer valiente al cobarde. Acuérdate, pobre amigo vacilante, que no debes quedar en ese estado. No conviene de ningún modo que seas falso para contigo mismo. Ponte derecho y mide tu estatura para ver si tu destino es ser como un sapo enrollado bajo la grada, indeciso si has de quedar parado, o echar a correr. ¡Sé un hombre! Aquí no se trata meramente de un asunto espiritual, sino de virilidad común. Muchas cosas haría para agradar a mis amigos, pero ir al infierno para darles gusto, eso sí que no lo haría. Bueno es hacer esto y lo otro para guardar la amistad, pero malísimamente se paga mantener la amistad con el mundo a costa de la amistad con Dios.

«Eso lo sé... -dices- ...pero, a pesar de saberlo, me falta ánimo. Desplegar la bandera, a eso no me atrevo. Me falta fuerza para vivir firme». Ahora bien, te traigo el mismo texto: «Cristo, aún cuando éramos flacos, a su tiempo murió por los impíos». Si el apóstol Pedro estuviera aquí, nos diría: «El Señor Jesús murió por mí aun cuando era tan flaco que por las palabras de una criada empecé a mentir y jurar que no conocía al Señor». Sí, Jesús murió por aquellos flacos que le abandonaron huyendo. Afírmate en esta verdad. He aquí el camino de salida de la cobardía. Clava esto bien en tu alma: «Cristo murió por mí», y pronto estarás tú listo a morir por Él. Cree que Él sufrió en tu lugar, ofreciendo por ti un sacrificio expiatorio, pleno, verdadero y satisfactorio. Si crees este hecho, forzosamente sentirás que no puedes avergonzarte del

que murió por ti. Al contrario, la convicción plena de esta verdad te infundirá valor irresistible.

Acuérdate de los santos de la época de los mártires. En los tiempos primitivos del cristianismo, cuando este pensamiento del gran amor de Cristo brillaba con lustre infinito en la Iglesia, no sólo estaban listos a morir los cristianos, sino que deseaban sufrir presentándose espontáneamente a centenares ante los tribunales de los gobernantes perseguidores confesando a Cristo. No digo que fuera prudencia invitar así a la muerte cruel, pero el caso prueba que un sentimiento de amor a Cristo eleva al hombre sobre todo temor al daño que otros sean capaces de hacer al creyente. ¿Por qué no puede hacer tal sentimiento lo mismo en ti? ¡Ojalá que te inspire ahora el pensamiento valiente de colocarte al lado del Señor para ser su fiel seguidor hasta el fin!

¡Qué el Espíritu Santo nos ayude a este punto por la fe en el Señor Jesús, y todo será para bien nuestro y para su gloria!

## 9. Aumento de fe

*«...cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa» (Hcb. 16:31).*

¿Cómo conseguiremos que nos aumente la fe? Ésta es una pregunta seria para aquellos que dicen que desean creer, pero que no pueden... Seamos prácticos en el caso. Se necesita tanto sentido común aquí como en otros asuntos de la vida. ¿Qué debo hacer para creer? Alguien preguntó a una persona cuál era la mejor manera de hacer cierta cosa, a lo que la interrogada le contestó: «La mejor manera de hacer una cosa es hacerla sin demora». Discutir modos y métodos, cuando se trata de un acto sencillo, es malgastar el tiempo. Y tratándose de creer, el modo más breve es creer en seguida. Si el Espíritu Santo te ha hecho dócil y cándido, creerás tan pronto como la verdad se te presente. Y la creerás, porque es la verdad. El mandamiento evangélico lo dice (véase el versículo introductorio al capítulo). Es inútil evadirse de esto preguntando y cavilando. El mandato es claro, y se debe obedecer.

Pero si en realidad te molesta alguna duda, llévala en oración a Dios. Di al gran Padre Dios lo que te perturba precisamente, y pídele que por el Espíritu Santo se te resuelva el problema. Así, por ejemplo, si no puedo creer las afirmaciones de un libro, me es grato preguntar al autor cómo él entiende lo dicho, y si es hombre digno de crédito, me dejará satisfecho su explicación. Igualmente, mucho más contento nos dejará la explicación divina de los puntos difíciles de las Escrituras a los que buscamos la verdad de corazón. Pues el Señor desea hacerse conocer a los que le buscan. Acude a Él para conocer la Verdad absoluta. Acude sin demora, en oración y ruego:

«Oh Espíritu Santo, guíame a la verdad. Lo que no comprendo, enséñame Tú».

Por otra parte, si la fe te parece difícil, es fácil que Dios, el Espíritu Santo, te haga capaz de creer, si acaso oyes con mucha frecuencia lo que se te manda creer. Creemos muchas cosas dia-

riamente, porque las hemos oído muchas veces. Por este proceso muchos han llegado a creer cosas inverosímiles y, por tanto, no me extraño de que el buen Espíritu bendiga este método de oír la verdad con frecuencia, usándolo para producir la fe respecto a lo que se debe creer. Está escrito:

«La fe viene por el oír, y oír, por la Palabra de Dios» (Ro. 10:17).

Y por lo mismo, es bueno oír con frecuencia. Si sincera y atentamente continúo oyendo el Evangelio, uno de estos días me hallaré creyendo lo que oigo, mediante la bendita operación del Espíritu de Dios en mi mente. Solamente que tengas cuidado de oír el genuino Evangelio y no lo que está calculado por otros para despertar dudas en tu mente, ya sea por discursos o lecturas.

Mas si esto te pareciere consejo pobre, añadiría que tengas en cuenta el testimonio de otros. Los samaritanos, por ejemplo, creyeron a causa del testimonio de lo que la mujer les había dicho acerca de Jesús. Muchas de nuestras creencias nacen del testimonio de otros; a saber, si creo que existe un país llamado Japón, el cual nunca he visto, es porque otros lo han visto.

También creo que moriré, no porque haya muerto anteriormente, sino porque muchos de mis conocidos han muerto, y sé que algún día llegará mi turno... Escucha, igualmente, el testimonio de aquellos que vivieron la experiencia de sentirse salvos por medio de la gracia de Jesucristo, cómo recibieron el perdón, cómo se transformó su carácter. Si prestas atención, notarás que alguien precisamente como tú ha sido salvo. Si has sido ladrón, hallarás que otro ladrón lavó sus culpas en la preciosa sangre de Cristo. Si por desgracia has sido impuro, hallarás que personas caídas como tú han sido levantadas, purificadas y transformadas. Si te hallas en condición desesperada y te mueves un poco en el círculo del pueblo de Dios, pronto descubrirás que algunos de los santos se han visto tan desesperados como tú y hallarán verdadero placer en contarte cómo el Señor les libró. Conforme vas escuchando cómo pusieron a prueba la Palabra de Dios, hallándola verdadera, el Espíritu divino te conducirá a la fe. ¿No

has oído hablar del africano, al cual dijo el misionero que en su país el agua se volvía a veces tan dura que se podía andar por encima de la misma? Muchas cosas podía creer el africano, pero eso, nunca. Cuando una vez vino a Inglaterra, pudo ver un río helado, pero no se atrevía meter el pie en el hielo. Sabía que el río era profundo y temía ahogarse si procuraba andar sobre el hielo. Y no se le pudo persuadir de que lo probara, hasta que vio a su amigo y a otros muchos atravesar el río andando sobre el hielo. Entonces quedó persuadido y anduvo confiado. Del mismo modo, puede ser que tú, viendo a otros creer en el Cordero de Dios y notando cómo disfrutaban de paz y gozo, seas conducido agradablemente a creer. La experiencia de otros es uno de los caminos por donde Dios nos conduce a la fe. Pero sea como fuere, una de dos, has de creer en Cristo o morir: no hay esperanza fuera de Cristo.

Un plan mejor es este: fíjate en la autoridad sobre la cual se te manda creer, y esto te ayudará grandemente.

La autoridad no es mía: ésta podrías bien rechazar. Ni es la del Papa de Roma, que bien podrías sospechar. Es sobre la autoridad de Dios mismo que se te manda creer. Él mismo te manda creer en Jesucristo, y no debes negar obediencia a tu Hacedor. El capataz de ciertas obras en el norte había oído el Evangelio muchas veces, pero se inquietaba dudando que acaso nunca acudiría a Cristo. Un día, su buen amo le envió una tarjeta diciendo: «Venga usted a mi casa tan pronto termine hoy el trabajo». Apareció el capataz a la puerta del amo; salió éste y le dijo en tono brusco: «¿Qué quiere usted, Juan, que me viene a molestar a estas horas? El trabajo del día se ha terminado, ¿con qué derecho se presenta usted aquí?». Y contestó el capataz: «Recibí una tarjeta suya diciéndome que terminado el trabajo viniera aquí». «¿Quiere usted decir que por la sola razón de recibir una tarjeta invitándole a mi casa, debiera venir y hacerme salir después de terminadas las horas del negocio del día?». «Bien, Señor... -respondió el capataz- ...no le comprendo, pero me parece que ya que usted me llamó, tenía yo derecho a venir». «Pues entre, Juan -dijo el amo- Aquí

tengo otro mensaje de invitación para usted». Y sentándose, leyó estas palabras:

«Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que Yo os haré descansar» (Mt. 11:28).

Terminada la lectura, le preguntó al capataz: «¿Piensa que, después de recibir este mensaje de Cristo mismo, harás mal en acudir a Él?». El capataz comprendió entonces todo, y creyó en el Señor Jesús para vida eterna. Tenía buena autoridad y garantía para hacerlo. Así tú, pobre alma, tienes la mejor autoridad para creer y, por fe, acudir a Cristo, porque el Señor mismo te manda confiar en Él.

Si esto no produce fe en ti, piensa en lo que debes creer, esto es, que el Señor Jesucristo sufrió en lugar de los pecadores y es poderoso para salvar a todos los que creen en Él. Por cierto, éste es el hecho más bendito que la humanidad ha oído y que debiera creer: el hecho más a propósito, más consolador, más divino que jamás haya llegado a oído del hombre. Te aconsejo que pienses mucho en Él, y que escudriñes la gracia y el amor que contiene. Estudia los cuatro evangelios y las epístolas de Pablo; a ver luego si el mensaje no es tan digno de aceptación que te veas constreñido a creerlo...

Si esto no basta, medita en la persona de Cristo: piensa en quién es, qué hizo, dónde está, y qué es. ¿Cómo puedes dudar de Él? Es cruel desconfiar del siempre fidedigno Jesús. Nada ha hecho que merezca desconfianza; al contrario, debiera ser fácil confiar en Él. ¿Por qué crucificarle de nuevo por la incredulidad? ¿No es eso coronarle de espinas y escupir en su rostro de nuevo? ¿Qué insulto mayor que este podían inferirle los soldados? Le hicieron mártir; pero tú le haces embustero, lo que es peor. No te preguntes: «¿cómo podré creer?». Responde más bien: «¿cómo puedo dudar?».

Si ninguna de estas cosas te sirven, hay algo en ti fundamentalmente malo, y mi última palabra será: «Sométete a Dios». Prejuicio u orgullo está en el fondo de tu incredulidad. Que el Espíritu de Dios te libre de tu enemistad, haciéndote sumiso.



Pues eres rebelde, orgulloso, pervertido, y ésta es la razón por la que no crees en tu Dios. Cesa tu rebeldía, entrega las armas, ríndete humillado, sométete a tu Rey. Creo que nunca un alma levantó los brazos desesperada, exclamando «Señor, me entrego», sin que la fe le viniera a ser cosa fácil. La causa de tu incredulidad es que estás en pleito con Dios, resuelto en seguir tu propia voluntad y tu propio camino. «¿Cómo podéis vosotros creer que recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?» (Jn. 5:44), dijo Cristo. El «yo» orgulloso es el padre de la incredulidad. Sométete, hombre. Entrégate a Dios, y así te será fácil creer en el Salvador. Opere el Espíritu Santo secreta pero eficazmente en tu corazón, llevándote a la fe en el Señor Jesús en este mismo momento. Así sea. Amén.



# 10. La regeneración y el Espíritu Santo

«...os es necesario nacer otra vez» (Jn. 3:7).

Esta palabra de nuestro Señor parece haber sido en el camino de muchos la espada encendida como la de los querubines, que se revolvía a la puerta del Paraíso. Éstos han caído en el desespero, porque el cambio está más allá de todos sus esfuerzos. El nacimiento de nuevo es de arriba y, por lo tanto, no es cosa que esté en el poder humano efectuar. Lejos esté de mí negar o encubrir aquí una verdad que podría inspirar un consuelo falso. Admito buenamente que el nuevo nacimiento es sobrenatural y que no es obra que el pecador pueda llevar a cabo por sí mismo. Sería para el lector de poca utilidad, si fuera yo bastante malo para animarle, tratando de persuadirle a rechazar u olvidar lo que es una verdad indiscutible.

Pero, ¿no es digno de notarse que en este mismo capítulo el Señor declara que el nuevo nacimiento es de arriba y obra divina? ¿Que contiene también la afirmación más potente, a saber, que la salvación es por fe? Leamos Juan 3. Es verdad que el versículo 3 dice:

«Respondió Jesús, y díjole: *De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere otra vez, no puede ver el Reino de Dios.*»

Pero, luego los versículos 14 y 15 hablan como sigue:

«Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado; para que todo aquel que en Él creyere, no se pierda, sino que tenga vida eterna.»

Después, en Juan 3:18 repite la misma doctrina bendita en los términos más amplios, diciendo:

«El que en Él cree, no será condenado; más el que no cree, ya es condenado, porque no creyó en el Nombre del unigénito Hijo de Dios.»

Así, es evidente a toda luz que estas dos afirmaciones deben estar en perfecto acuerdo, ya que salieron de los mismos labios y constan en una misma página inspirada. ¿Por qué nos crearemos nosotros una dificultad donde no es posible que la haya? Si una afirmación nos asegura que para la salvación se requiere una cosa que sólo el Señor puede proporcionarnos, y si otra afirmación nos asegura que Dios nos salvará mediante nuestra fe en Jesús, podemos sacar en consecuencia, sin equivocación alguna, que el Señor concederá a todos cuantos crean todo cuanto declara necesario para la salvación. De hecho, el Espíritu Santo produce el nacimiento nuevo en todos cuantos creen en Jesús; y su fe es la manifestación más palpable de que han nacido de arriba.

Confiemos en Jesús, que hará lo que no somos capaces de hacer nosotros; si estuviera la cosa en nuestro poder, ¿por qué acudir a Él? De nuestra parte, toca creer; de parte del Señor, toca crear la vida nueva en nosotros. Él no quiere creer por nosotros, ni debemos nosotros hacer la obras de la regeneración por Él. Basta para nosotros obedecer su mandamiento creyendo; y al Señor corresponde obrar el nacimiento nuevo en nosotros. Pues el que bajó hasta el extremo de morir en la cruz por nosotros, puede y quiere concedernos todas las cosas necesarias para nuestra seguridad eterna.

Una cosa es absolutamente necesaria conocer: que el cambio de corazón que salva es obra del Espíritu Santo. Esto es verdad ciertísima, y lejos sea de nosotros dudarlo u olvidarlo. Pero esta obra del Espíritu Santo es en secreto y misteriosa, y sólo se puede conocer por los resultados. Hay misterios en nuestro nacimiento natural que sería curiosidad profana intentar penetrar; más aún, tratándose de las operaciones sagradas del Espíritu de Dios:

«El viento de donde quiere sopla, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu» (Jn. 3:8).

Sabemos, sin embargo, que la obra misteriosa del Espíritu Santo no puede constituir razón alguna para que rehusemos creer en Jesús, de quien este mismo Espíritu rinde testimonio.

Si se diera a una persona el encargo de sembrar un campo, no podría excusarse de su negligencia diciendo que no vale la pena sembrar, a no ser que Dios haga brotar la semilla. No quedaría justificada su negligencia de no labrar la tierra por la razón de que la energía secreta de Dios tan solo puede producir una cosecha. Nadie queda impedido o parado en las tareas ordinarias de la vida por la razón de que «si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los edificadores» (Sal. 127:1). Es cierto que quien cree en Jesús, jamás hallará que el Espíritu Santo se niegue a obrar en Él; pero el hecho es que su fe es prueba de que el Espíritu ya está obrando en su corazón...

Dios obra providencialmente, pero no queda parada por eso la humanidad. No se podrían mover los hombres sin el poder divino, concediéndoles vida y fuerza en sus tareas, recibiendo fuerza de día en día de parte de Aquel en cuyas manos está su aliento y todos sus caminos. Así sucede en la esfera espiritual. Nos arrepentimos y creemos, aunque no podríamos hacer lo uno ni lo otro, si el Señor no nos capacitará para ello. Volvemos la espalda al pecado confiando en Jesús y, luego, percibimos que «el Señor ha obrado en nosotros tanto el querer como el hacer, según su buena voluntad» (Fil. 2:13). Inútilmente pretendemos que en este asunto haya dificultad.

Algunas verdades que es difícil explicar con palabras son muy sencillas en la experiencia. No hay contradicción entre la verdad que el pecador cree y su fe, que es obra del Espíritu Santo. Sólo la estupidez puede llevar al hombre a estancarse en enigmas respecto a cosas sencillas, cuando se halle en peligro su alma. Como tampoco nadie rehusaría entrar en un bote salvavidas por no conocer el peso preciso de los cuerpos; ni un medio muerto de hambre rehusaría comer por no conocer todo el proceso de la nutrición. Si tú, querido lector, no quieres creer hasta que comprendas todos los misterios, nunca te salvarás; y si permites que dificultades de invención

propia impidan que aceptes el perdón mediante la fe en tu Señor y Salvador, perecerás con una condenación bien merecida. No, amigo, no cometas un suicidio espiritual entregándote apasionadamente a la discusión de sutilezas metafísicas...

# 11. «Mi redentor vive»

*«Yo sé que mi Redentor vive...» (Job 19:25).*

Estoy hablando al lector continuamente acerca del crucificado, quien es la gran esperanza del culpable. Pero sabio es que nos acordemos de que nuestro Señor resucitó de entre los muertos y vive eternamente.

No se te pide que creas en un Cristo muerto, sino en un Redentor que murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación. Así es que puedes acudir a Jesús en seguida como a un amigo vivo y presente. No se trata de un mero recuerdo, sino de una persona continuamente existente, quien desea oír tus oraciones y contestarlas. Él vive a propósito para continuar la obra por la cual sacrificó su vida. Está intercediendo por los pecadores a la diestra del Padre, y por lo mismo es poderoso «para salvar eternamente a los que por Él se allegan a Dios» (He. 9:25). Acude, pues, a Él y entrégate a este Salvador vivo, si antes no lo has hecho.

Este Jesús vivo está ensalzado hasta la eminencia de gloria y poder. Hoy no sufre como «el humillado ante sus enemigos», ni sufre trabajos como «el hijo del carpintero», sino que está elevado muy por encima de los principados y las potencias y todo Nombre. El Padre le ha dado todo poder en el Cielo y en la Tierra, y está ejecutando este encargo glorioso, llevando a cabo su obra de gracia. Escucha bien lo que Pedro y los otros apóstoles testifican acerca de Él ante el sumo sacerdote y todo el concilio:

«El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, al cual vosotros matasteis colgándole en un madero. A Éste Dios ha ensalzado con su diestra, por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y remisión de pecados» (Hch. 5:30 y 31).

La gloria que rodea al Señor ascendido debiera inspirar esperanza en todo corazón creyente. Jesús no es persona de categoría oscura: es un Salvador grande y glorioso. Es el Redentor ensalzado por Príncipe coronado como tal. La prerrogativa soberana sobre la vida y la muerte se le ha confiado; el Padre ha puesto a todos los hombres bajo el gobierno medianero del Hijo, así que puede dar vida a quien quiera. El abre y nadie cierra. El alma presa por las cuerdas del pecado y de la condenación puede quedar libre inmediatamente sobre la potencia de su Palabra. Extiende su real cetro, y cualquiera que lo toque, vivirá.

Suerte para nosotros que, como vive el pecado y vive la carne y vive el diablo, vive también Jesús; y gran suerte también que cualquiera que fuese la potencia de esos para arruinarnos, infinitamente mayor es el poder de Jesús para salvarnos.

Todo su ensalzamiento y habilidad están militando a favor nuestro. Se le ha ensalzado para ser y ensalzado para dar. Ha sido ensalzado para ser Príncipe y Salvador y para dar todo lo necesario para llevar a cabo la salvación de todos cuantos entren bajo su gobierno. Nada tiene, en definitiva, Jesús que no esté dispuesto a usar para la salvación de los pecadores y nada es que no despliegue en la dispensación abundosa de su gracia. Cooperan a una su función de Príncipe y su función de Salvador, como si no quisiera ejercer la una sin la otra; y manifiesta su ensalzamiento como teniendo por objeto producir bendiciones para la humanidad, como si esto fuera la flor y corona de su gloria. ¿Puede haber algo mejor combinado para infundir esperanza en los pecadores arrepentidos que empiezan a dirigir su mirada hacia Cristo Jesús?

Grandísima fue la humillación que sufrió Jesús y, por lo mismo, hubo lugar para su ensalzamiento. Por esa humillación cumplió y aguantó toda la voluntad del Padre, y recibió la recompensa de ser elevado a la gloria. Tal ensalzamiento lo usa para bien de su pueblo. Levante el lector su mirada hacia esos collados de gloria, de donde debe esperar ayuda. Contemple las glorias celestes de su Príncipe y Salvador. ¿No es ésta la



mayor esperanza para los hombres, que «el Hijo del hombre» ocupa el trono del universo? ¿No es glorioso acaso que el Señor de todo es el Salvador de los pecadores? Tenemos un amigo en el tribunal, sí, un amigo sobre el trono. Y pondrá Éste toda su influencia a favor de los que entreguen sus asuntos en sus manos. Bien dice uno de nuestros himnos:

«Para siempre vive ensalzado  
ante el trono Príncipe y Salvador,  
Cristo, quien es hoy mi Abogado,  
¿cómo puede para mí haber temor?».

Ven, amigo, y entrega tu causa en esas manos, una vez llagadas pero hoy adornadas con las insignias del poder real soberano. Jamás se perdió causa alguna confiada a tan poderoso Abogado...



## 12. Sin arrepentimiento, sin perdón

*«El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. A Éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados» (Hcb. 5: 30 y 31).*

Resulta claro en el versículo introductorio que el arrepentimiento acompaña al perdón. Así, leemos que Jesús fue ensalzado para dar «arrepentimiento y perdón de pecados». Estas dos bendiciones emanan de las manos sagradas una vez clavadas en el madero, de las manos de Aquel que ahora está en la gloria. Arrepentimiento y perdón están entrelazados por el propósito eterno de Dios. Y «lo que Dios ha juntado, no lo separe el hombre» (Mr. 10:9). El arrepentimiento debe ser compañero del perdón, y verás que así es, pensando un poco sobre el caso...

No es posible que se conceda el perdón a un pecador impenitente. Tal cosa le confirmaría en sus malos caminos y le haría pensar poco en la culpa del pecado. Imaginemos que el Señor dijera: «Tú amas el pecado, vives en él y vas de mal en peor; pero no importa, Yo te perdono». Esto equivaldría a proclamar la libertad infame de pecar, a socavar los fundamentos de todo orden social, resultando de ello la anarquía moral. No podría yo explicar los escándalos innumerables que resultarían indefectiblemente si se pudieran separar el arrepentimiento y el perdón remitiéndose el pecado, y mientras el pecador continuara amando como siempre; ya que si creemos en la santidad de Dios, pero nos mantenemos en el pecado, no queriendo arrepentirnos del mismo, no podemos esperar que Dios nos perdone. En cambio, recogeremos las consecuencias de nuestra terquedad.

Según la bondad infinita del Padre, se nos promete que si abandonamos nuestro pecado, confesándolo, y aceptamos por fe la gracia que está en Cristo Jesús, Dios «es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad» (1 Jn. 1:9).

Sin embargo, en tanto que Dios viva, no puede haber promesa de misericordia para los que continúan en sus malos caminos, negándose a reconocer sus transgresiones. Ciertamente no hay rebelde que pueda esperar que su Rey le perdone mientras que prosiga en rebeldía manifiesta. Igualmente, nadie puede ser tan loco que se imagine que el Juez de toda la Tierra borre nuestros pecados, si rehusamos arrepentirnos y confesarlos.

Además, esto es así a causa de la perfección de la misericordia divina; a saber, una misericordia que perdona el pecado, dejando al pecador viviendo en el mismo, sería superficial; una misericordia deforme, coja de pies y parálitica de manos. ¿Cuál de los privilegios piensas que es mayor? ¿Borrar la culpa del pecado o librarnos del poder del pecado? Ambas sólo son alcanzables mediante la sangre preciosa de Cristo. Pero me parece que la salvación del poder del pecado, el ser santificado, el ser hecho semejante a Dios, debe considerarse la mayor de las dos. Sí, favor incalculable es el perdón; pero si pudiéramos alcanzar el perdón, y luego tener permiso de amar el pecado, practicar la iniquidad y revolcarnos en el fango de los vicios, ¿para qué nos serviría tal perdón? ¿Acaso no resultaría un dulce venenoso que del modo más eficaz nos arruinaría? Ser lavado y, no obstante, yacer en el cieno; ser declarado limpio y, sin embargo, llevar la lepra blanca en la frente sería la burla más pesada que se hiciera de la misericordia. ¿Para qué serviría sacar a un muerto del sepulcro, dejándolo cadáver? ¿Para qué llevarlo a luz, si no puede ver? Nosotros damos gracias a Dios porque Aquel que perdona nuestras iniquidades también sana nuestras dolencias. El que nos limpia de las manchas del pasado nos salva de los caminos sucios del presente y nos guarda de caer en el provenir.

Es preciso que recibamos agradecidos tanto la palabra del arrepentimiento como la de la remisión del pecado: son dos cosas

inseparables. La heredad del pacto es una e indivisible y no se reparte por partes. Más aún, dividir la obra de la gracia sería partir la criatura por medio, y quien tal permitiera, demostraría que no tiene interés alguno en el asunto. ¿Estaríamos contentos con una sola de estas gracias? ¿Nos bastaría con que Dios nos perdonara los pecados, dejándonos luego vivir en nuestra maldad? Ciertamente que no: el espíritu vivificado tiene más miedo del pecado mismo que de los castigos que resultan del mismo. El grito del corazón humano no es: «¿Quién me libraré del castigo?»; sino: «¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?» (Ro. 7:24). En otras palabras: «¿Quién me hará capaz de vencer la tentación y ser santo como Dios es santo?».

La unidad del arrepentimiento y el perdón concuerdan con el deseo obrado por la gracia, y es necesaria para la perfección de la salvación; pues es a causa de la santidad que descansa la seguridad de que permanecerá esa unidad.

El arrepentimiento y la remisión del pecado son inseparables en la experiencia de todo creyente. Jamás hubo persona que, arrepintiéndose de verdad de sus pecados y confesándolos en Nombre de Jesús, Dios no perdonara; por otra parte, jamás hubo persona que Dios perdonara sin arrepentimiento de pecado. No vacilo en afirmar que bajo las bóvedas del cielo jamás hubo, ni hay, ni habrá caso de pecado limpiado, a no ser que al mismo tiempo el corazón esté arrepentido y tenga fe en Cristo Jesús. Repulsión al pecado y sentimiento de perdón entran juntos en el alma y permanecen juntos mientras vivimos, obrando recíprocamente. ¿Cómo? Muy sencillo; el hombre arrepentido es perdonado, y el perdonado se arrepiente más profundamente después de ser perdonado. Así es que podemos decir que el arrepentimiento conduce al perdón y el perdón al arrepentimiento...

«La ley y los terrores... *-dice el poeta-* ...sólo endurecen al hombre, mientras obran a solas; pero un sentimiento de perdón adquirido mediante la sangre ablanda al corazón de piedra».

Convencidos de que somos perdonados, aborrecemos la iniquidad. Y supongo que cuando la fe se haya aumentado hasta

la seguridad plena, de modo que estemos segurísimos, sin sombra de duda, de que la sangre de Jesús nos ha emblanquecido más que la nieve, entonces el arrepentimiento llegará al colmo. Porque a medida que la fe crece, aumenta nuestro arrepentimiento (no haya equivocación en el caso: el arrepentimiento no es cosa de días o semanas, como la penitencia impuesta, que se desea terminar cuanto antes. No, se trata de una gracia para toda la vida, como la fe misma).

Una vez más repetimos, el arrepentimiento y la fe son compañeros inseparables; mientras tanto que andamos por fe estamos en condición de arrepentirnos. No es verdadero el arrepentimiento que no venga de la fe en Jesús, y no es verdadera la fe en Jesús que no capacita para el arrepentimiento. La fe y el arrepentimiento, como los gemelos siameses, viven unidos. A medida que creemos en el amor perdonador de Jesús, podemos arrepentirnos. Y a medida que nos arrepentimos del pecado y odiamos el mal, nos regocijamos en la plenitud del perdón de Jesús, el cual fue ensalzado para conceder perdón al necesitado. Ésta es la razón por la que no podrás jamás apreciar el perdón, si no te sientes arrepentido; y tampoco estarás capacitado para arrepentirte antes de haber sido perdonado. Singular puede parecer, pero es cierto, que la amargura del arrepentimiento y la dulzura del perdón se mezclan en el olor suave de toda vida de gracia, resultando en dicha sin par.

Estas dos dádivas del pacto constituyen una seguridad mutua. Si sé que me arrepiento, sé también que Dios me ha perdonado. ¿Cómo sabré que me ha perdonado sino conociendo también que me ha librado de mis malos caminos? Ser creyente es ser penitente. La fe y el arrepentimiento son dos rayos de la misma rueda, dos mangos del mismo arado.

Se ha dicho bien que el arrepentimiento es el corazón quebrantado a causa del pecado y separado del pecado. Igualmente bien se puede decir que es un *cambio y recambio*; un cambio de mente de la clase más radical y profunda, acompañado de dolor a causa del pecado cometido en el pasado, y del voto de enmienda para lo futuro:

«Dejar el mal que antes yo amaba;  
amar el bien que antes odiaba,  
demostrando así la sinceridad del dolor».

Siendo éste un hecho positivo, podemos estar ciertos del perdón, porque el Señor nunca lleva el corazón al quebranto a causa del pecado, separándolo del mismo, sin perdonarlo. Por otra parte, si disfrutamos del perdón mediante la sangre de Jesús, siendo justificados por la fe y teniendo paz con Dios por nuestro Señor Jesucristo, sabemos que nuestro arrepentimiento y nuestra fe son de la clase legítima.

Sin embargo, no consideres tu arrepentimiento cual mérito que te proporciona el perdón, ni esperes capacidad natural para arrepentirte hasta que veas la gracia de nuestro Señor Jesús y su prontitud de borrar tus pecados. Guarda estas cosas cada cual en su lugar y contémpalas en la relación que tienen la una con la otra. Son como el Jaquin y Boaz en la experiencia de la salvación (véase 1 R. 7:21); pueden compararse a las altas columnas del templo de Salomón, colocadas al frente de la casa del Señor, formando una entrada majestuosa al lugar santo. Así, nadie viene del modo debido a Dios, a no ser que pase entre las columnas del arrepentimiento y de la remisión. El arco iris del pacto de gracia se ha desplegado en toda su hermosura sobre tu corazón, cuando sobre las lágrimas del arrepentimiento ha brillado la luz del pleno perdón. El arrepentimiento del pecado y la fe en el perdón de parte de Dios son la trama y urdimbre de tejido de la verdadera conversión. Por estas señales conocerás a «un verdadero israelita».

Volvamos al texto que estamos meditando... Otro aspecto que aprendemos de él es que tanto el arrepentimiento como el perdón emanan de la misma fuente, siendo dones del mismo Salvador. El Señor Jesús desde su gloria concede las dos cosas a las mismas personas. No debes buscar la fuente del arrepentimiento, ni del perdón, en otro punto. Ambas cosas están listas y el Señor está preparado para dispensarlas gratuitamente ahora mismo a toda persona que de su mano las quiere recibir (no olvidemos nunca que Jesús nos concede todo lo necesario para la salvación). La fe

es tanto una dádiva de Dios como el objeto en que el perdón se funda, y el arrepentimiento es tanto una obra de la gracia como la expiación por la cual se borra el pecado. Finalmente, la salvación es obra únicamente de la gracia, desde el principio hasta el fin.

No es el Espíritu Santo el que se arrepiente -nada ha hecho de que se pueda arrepentir y, si pudiera arrepentirse, para nada nos valdría-; es preciso que nos arrepintamos cada cual de nuestro propio pecado, y si no, jamás seremos salvos del poder del pecado. Tampoco es el Señor Jesucristo el que se arrepiente. ¿De qué se arrepentiría? Nosotros somos los que nos arrepentimos con el pleno consentimiento de nuestra facultad mental; la voluntad, las afecciones, las emociones, todo coopera cordialmente en el acto bendito del arrepentimiento del pecado; y, no obstante, detrás de nuestra decisión personal se encuentra una influencia santa, obrando en secreto, que ablanda el corazón, causa remordimiento y produce un cambio completo. El Espíritu de Dios nos ilumina para que veamos lo que es el pecado, haciéndolo repugnante a la vista. Además, nos vuelve hacia la santidad, haciéndonos apreciarla de corazón, amarla y desearla, y así nos comunica un impulso, por el cual somos llevados adelante, paso a paso, por el camino de la santidad; el Espíritu Santo «obra en nosotros tanto el querer como el hacer, según la buena voluntad de Dios» (Fil. 2:13).

Sometámonos, pues, a este buen Espíritu, ahora mismo, a fin de que nos guíe a Jesús, quien abundantemente nos dará la doble bendición del arrepentimiento y del perdón, según las riquezas de su gracia.

«Por Gracia sois salvos» (Ef. 2:8).

De nuevo, es necesario que reflexionemos acerca del texto introductorio:

«A Éste ha ensalzado Dios con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y remisión de pecados» (Hch. 5:31).

Esto es, nuestro Señor Jesucristo ha subido para que la gracia baje. Él emplea su gloria para que cunda mejor su gracia;



no ha dado un solo paso hacia arriba sino con el objeto de llevar consigo a los creyentes.

La ley no habla de arrepentimiento, sino que se limita a señalar que «el alma que pecare, ésa morirá» (Ez. 18:20). Sólo la obra que nuestro Señor Jesús ha llevado a cabo ha hecho posible el arrepentimiento, de utilidad y aceptable.

Sí, es cierto que podríamos sentir remordimiento de conciencia con todos sus horrores, pero no el verdadero arrepentimiento con sus esperanzas. Dicho arrepentimiento nacido de un sentimiento natural es un deber común que no merece alabanza: en verdad, es un sentimiento tan comúnmente mezclado con el temor egoísta al castigo que su mejor aprecio es de poca monta. Si no hubiera intervenido Jesús, acumulando una riqueza de mérito, nuestras lágrimas de arrepentimiento no valdrían más que otras tantas gotas de agua derramada en tierra. Hállase ensalzado Jesús para que en virtud de su intercesión tenga valor ante Dios nuestro arrepentimiento. Es en este sentido que nos da arrepentimiento, colocándolo en una posición y condición aceptable, lo que de otro modo no sería...

Cuando Jesús fue ensalzado, fue derramado el Espíritu de Dios para producir en nosotros todo don de gracia necesario. El Espíritu Santo crea en nosotros el arrepentimiento renovándonos de un modo sobrenatural, quitando el corazón de piedra de nuestra carne. No entres, pues, en tu cámara golpeándote el pecho para producir en un corazón de piedra sentimientos que no existen en él. En cambio, acude en espíritu al Calvario y contempla la pasión y muerte de Jesús. Mira arriba, de donde viene tu socorro. El Espíritu Santo ha venido expresamente para dar sombra a los espíritus de los hombres y engendrar en ellos el arrepentimiento como antes se movía sobre la Tierra desordenada para producir orden. Eleva, entonces, tu ruego a Él: «Bendito Espíritu de Dios, apodérate de mí. Hazme tierno y humilde de corazón para que odie el pecado y sinceramente me arrepienta del mismo». Y Él oirá tu clamor, y te responderá.

Acuérdate también de que cuando el Señor Jesús fue ensalzado, no solamente nos dio el arrepentimiento enviando al Espíritu Santo, sino consagrando todas las obras de la naturaleza y de la providencia para el gran fin de nuestra salvación, de suerte que cualquiera de ellas puede llamarnos al arrepentimiento, ya sea mediante un canto, como el del gallo que oyó Pedro, o un retumbar, como el terremoto que espantó al carcelero de Filipos. Desde la diestra de Dios, nuestro Señor Jesús gobierna las cosas de la Tierra haciéndolas cooperar para la salvación de sus redimidos. Se vale tanto de lo amargo como de lo dulce, de las penas como de las alegrías para producir en los pecadores algún cambio de mente hacia Dios. Agradece algún acto de la providencia que te haya hecho pobre, enfermo o afligido, porque mediante tales cosas Jesús obra en tu vida, llamándote hacia sí mismo. La misericordia del Señor a menudo viene cabalgando hacia nuestra puerta sobre jinete negro de la aflicción. Y es que Jesús se vale de toda la capacidad de nuestra experiencia para destetarnos del mundo y atraernos al Cielo. Cristo ha sido ensalzado hasta el trono del Cielo y de la Tierra para que, por todos los procedimientos de la providencia, subyugue los corazones endurecidos hasta sentir el bendito quebranto del arrepentimiento.

Además, ahora mismo está obrando por sus juicios en el foro de las conciencias, por su Libro inspirado, mediante nosotros que hablamos según el Libro y por las oraciones de los amigos y de los corazones sinceros. Él te puede enviar una palabra que hiera tu corazón de piedra, como la vara de Moisés, y haga brotar ríos de arrepentimiento. Él puede llevar a tu mente hacia algún texto de las Sagradas Escrituras que quebrante tu corazón y te cautive en un momento. Misteriosamente puede ablandarte y, cuando menos lo pienses, hacer que un sentimiento de santidad invada tu alma. Puedes estar seguro de esto, que Aquel que ha entrado en la gloria, ensalzado hasta el esplendor y majestad de Dios, tiene abundancia de medios para obrar arrepentimiento en los que tendrán perdón. En este mismo momento está esperando darte arrepentimiento. ¡Recíbelo ahora!

Fíjate también en el hecho, para consuelo tuyo de que el Señor Jesucristo da este arrepentimiento a los menos dignos de la humanidad. Fue, sin ir más lejos, ensalzado para dar arrepentimiento a Israel. ¡A Israel! Sin duda, la nación que más había pecado contra la luz y contra el amor, coronando su obra de infamia en la crucifixión del Señor; atreviéndose, incluso, a decir:

«Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos» (Mt. 27:25).

Pues bien, a éstos, sus asesinos, Jesús dio la oportunidad de que se arrepintieran.

Los corazones de Israel se habían endurecido como un roca de pedernal; de ahí que Lutero creyera imposible la conversión de un judío. Sin estar de acuerdo con él, es preciso decir que la simiente de Israel ha sido terriblemente terca rechazando al Señor durante siglos. Con verdad, dijo el Señor:

«Israel nada quería de mí» (Sal. 81:11).

Sí, Jesús «vino a los suyos, y los suyos no le recibieron» (Jn. 1:11). No obstante, para bien de Israel fue ensalzado nuestro Señor, para dar arrepentimiento y remisión de pecados.

Del mismo modo, si tú, querido lector, has sido criado a la luz del cristianismo más resplandeciente y si, a pesar de ello, lo has rechazado, hay todavía esperanza para ti: aun cuando hayas pecado contra la conciencia y contra el Espíritu Santo, contra el amor de Jesús, todavía hay lugar para el arrepentimiento, ya que Jesús se halla ensalzado y revestido de poder infinito. Jesús fue ensalzado para dar arrepentimiento a los que llegaron al colmo de la iniquidad, agravando de un modo especial su pecado. ¡Dichoso quien, como yo, tiene un Evangelio tan pleno para proclamar! ¡Dichoso tú, que tienes el privilegio de escucharlo!

Puede bien ser que todavía tengas que escribir, constreñido por el amor divino, lo que escribiera el autor del *Libro de cada día*, quien en cierta época de su vida fue un incrédulo obstinado, hasta que, vencido por la gracia soberana, escribió esta interesante obra. Éste es un poema suyo:

«El corazón más altanero  
 has quebrantado, Dios, en mí;  
 el yo más terco y más fiero  
 has bien domado para ti.  
 Tu voluntad cual mía quede:  
 tu ley, la regla de mi ser;  
 mi corazón, tu Santa sede,  
 mi dicha, siempre obedecer».

El Señor puede, en efecto, dar arrepentimiento al menos digno, transformando en ovejas a leones, en palomas a cuervos. Volvámonos, pues, a Él para que un cambio tan grande se opere en nosotros. Sin duda alguna, la contemplación de la muerte de Cristo es uno de los modos más seguros y efectivos para alcanzar el arrepentimiento. No te sientes, procurando sacar el arrepentimiento de la fuente seca y corrompida de la naturaleza humana. Suponer que tu puedes por fuerza propia colocar tu alma en ese estado de gracia es contrario a las leyes de la mente. Lleva tu corazón en oración al que lo comprende, diciendo: «Límpialo, Señor. Renuévalo; obra Tú el arrepentimiento en él». Cuanto más procures tú mismo producir emociones de arrepentimiento, tanto más fracasarás; pero si con fe piensas en que Jesús ha muerto por ti, nacerá en ti el arrepentimiento. Medita en el Señor, que de puro amor derramó su sangre para salvarte. Fija tu vista en la agonía de la cruz y su pasión. Entonces, el Siervo Sufriente te mirará, y su mirada hará contigo lo que le hizo a Pedro, de suerte que tú también salgas para llorar amargamente...

Aquel que murió por ti puede hacer que tú mueras al pecado mediante su Espíritu de gracia; y el que ha entrado en la gloria para tu bien puede conducir tu alma en pos de sí, hacia la santidad, dejando detrás el pecado.

Finalmente, no busques en otra parte algo de lo que Jesús desea concederte, sino acuérdate de que Cristo es todo. Pues tan inútil es buscar arrepentimiento en la condición humana, como buscar fuego debajo del hielo...

## 13. El temor de caer

*«¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: 'Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero'. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos ama. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Ro. 8:35-39).*

Cierto temor se apodera, a veces, de muchos que buscan la salvación; temen que no puedan perseverar hasta el fin. He oído decir: «Si yo hubiera de entregar mi alma al Señor Jesús, tal vez volvería atrás perdiéndome al fin. Antes he tenido buenos sentimientos, y me han abandonado. Mi bondad ha sido como la nube de la mañana y como el rocío temprano. De repente ha venido, ha durado poco, ha prometido mucho y luego ha desaparecido».

Querido lector, creo que este temor es a menudo el padre del hecho y que algunos que han tenido miedo de confiar en Cristo, en el tiempo y para toda la eternidad, han fracasado porque su fe era temporal, no siendo lo suficiente sincera para salvarles. Principiaron confiando en Jesús hasta cierto punto, pero confiaron en sí mismos respecto a la continuación y perseverancia en el camino hacia el Cielo. Y es que si confiamos en nosotros mismos respecto a la perseverancia, no perseveraremos. Aun cuando confiemos en Jesús, esperando ciertamente buena parte de la salvación, no dejaremos de fracasar si depositamos confianza en nosotros mismos. No hay cadena más fuerte que el más débil de sus eslabones: si de Jesús esperamos todo excepto una cosa, fracasaremos sin falta, porque en esa

cosa tropezaremos sin duda alguna...

Este error respecto a la perseverancia de los santos ha impedido el desarrollo espiritual de muchos que un día marchaban bien. ¿Cuál fue su tropiezo? Confiaban en sí mismos respecto a su carrera y, en consecuencia, quedaron parados. ¡Cuidado con mezclar algo del «yo» en la argamasa con que edificas. Porque la harás argamasa destemplada y las piedras no quedarán ligadas. Si al principio miras a Cristo, cuidado que no te mires a ti mismo al final. Cristo es el *Alfa*. Mira que te sea *Omega* también. Si comienzas a caminar según el Espíritu, no debes esperar que te perfeccione en la carne: «empieza como habías pensado continuar, y continúa como empezaste», siéndote el Señor el todo en todo. Pidamos que el Santo Espíritu nos dé una idea clara respecto a la fuente de la perseverancia, para ser guardados hasta el día de la aparición del Señor.

Aquí sigue lo que dijo Pablo sobre este asunto al escribir a los corintios:

«Nuestro Señor Jesucristo (...) os confirmará hasta el fin, para que seáis sin falta en el día de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios, por el cual sois llamados a la participación de su Hijo Jesucristo, nuestro Señor» (1 Co. 1:7-9).

Estas palabras admiten silenciosamente una gran necesidad. A saber, siempre que el Señor haga provisiones, podemos estar seguros que hay necesidad para ello, ya que el pacto de gracia no se distingue por cosas superfluas. En el palacio de Salomón se colgaron escudos de oro que nunca se usaron, pero en el arsenal de Dios no hay tales cosas. Necesitaremos, por cierto, todo cuanto Dios ha provisto. Desde hoy hasta la consumación de todas las cosas, será requerida toda promesa de Dios y toda provisión del pacto de gracia. La necesidad urgente del alma que cree es el fortalecimiento, la continuación, la perseverancia hasta el fin, el ser guardado para siempre. Tal es la necesidad del creyente más adelantado:

«Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os es dada en Cristo Jesús» (1 Co. 1:4).

Así, por ejemplo, los corintios, siendo dotados de todo don de conocimiento y sabiduría, necesitaban ser confirmados hasta el fin. Tales personas son precisamente las que sienten de verdad que diariamente necesitan gracia nueva para continuar el camino, perseverar y salir vencedores al fin. Si no fueran santos, no tendrían necesidad de la gracia; pero por ser hombres de Dios, sienten diariamente las necesidades de la vida espiritual. La estatua de mármol no siente necesidad de alimento; pero el hombre vivo siente hambre y sed, y se regocija de que el pan y el agua no le falten, porque si le faltasen, perecería en el camino. Las necesidades personales del creyente hacen imprescindible que diariamente acuda a la gran fuente de tesoro espiritual, ¿qué haría, acaso, si no pudiera dirigirse a su Dios?

Si hablásemos lenguas humanas y angélicas, y no recibiéramos gracia nueva cada día, ¿dónde estaríamos ahora? Si tuviéramos toda experiencia hasta ser «padres de la iglesia», si fuéramos enseñados por Dios hasta comprender todo misterio, no podríamos vivir un solo día sin que la vida divina se nos comunicara desde la Cabeza del Pacto.

Esta necesidad se debe en gran parte a nuestra propia condición. Algunos penan bajo el temor de no poder perseverar en la gracia porque conocen su carácter caprichoso; son por naturaleza inestables, obstinados o volubles... Semejantes a mariposas que vuelan de flor en flor, visitando todas las hermosuras del jardín, sin hacerse morada fija en ninguna parte; nunca paran en un punto fijo, ni siquiera en su negocio, ni en sus estudios. Por consiguiente, tales personas temen con razón que diez, veinte, treinta o cuarenta años de vigilancia en su vida espiritual les resulte demasiado tiempo, tarea imposible. Así, vemos a gente afiliarse a una iglesia tras otra, hasta recorrer todas las directrices de la brújula...

Pero todos, aun los que no tengamos esa inclinación natural a la inconstancia, no podemos por menos que sentir nuestra debilidad, si somos vivificados por Dios. Incluso encerrán-

donos en la celda de un ermitaño, nos acompañaría la tentación, porque entretanto que no podemos escapar de nosotros mismos, no podemos escapar de la tentación. Hay un algo dentro de nuestro corazón que nos debe mantener alertos y humillados delante de Dios. Si Él no nos confirma, somos tan débiles que fácilmente tropezamos y caemos, no necesariamente vencidos por el enemigo sino por nuestro propio descuido. ¡Señor, sé Tú, pues, nuestra fuerza, que nosotros somos la misma debilidad!

Además de esto, notaremos el cansancio que produce una vida larga. Al comenzar nuestra carrera espiritual subimos con alas de águila, después corremos cansados, pero en nuestros días mejores andamos sin desmayar. Nuestra marcha parece más pausada, pero es más útil y mejor sostenida. Pido a Dios que la energía de la juventud nos acompañe mientras que sea la energía del Espíritu y no meramente el fervor de la carne altiva. Quien lleva ya un tiempo caminando hacia el Cielo encuentra que por una buena razón se prometió que los zapatos serían de hierro y bronce, porque el camino es áspero. El tal ha descubierto que existen *collados de dificultad* y *valles de humildad*; que hay un *valle de sombra de muerte* y, peor todavía, la *feria de las vanidades*, todo lo cual se debe atravesar. Si hay *montes de delicias* -y gracias a Dios que los hay-, abundan también *castillos de desesperación*, cuyo interior los peregrinos han visto con mucha frecuencia. Todo considerado, los que perseveran hasta el fin en el camino de la santidad serán objeto de admiración.

¡Oh, mundo de maravillas! No menos puedo decir... Los días de la vida del cristiano son como otras tantas perlas de misericordia ensartadas en el hilo de oro de la felicidad divina. En el Cielo manifestaremos a los ángeles, a los principados y a los poderes las inescrutables riquezas de Cristo que se empleó en nosotros y que disfrutamos aquí abajo. Ellas nos han mantenido vivos en las garras de la muerte. Nuestra vida espiritual ha sido una llama ardiendo en medio del mar, una piedra suspendida en el aire. Será el asombro del universo el



vernos pasar por la puerta de perlas sin tacha el día de nuestro Señor Jesucristo. Debemos sentirnos llenos de grata admiración por ser guardados una hora siquiera. Espero que así nos sintamos.

Si esto fuera todo, habría razón suficiente para temer; pero hay mucho más: es preciso que nos acordemos del lugar en el que vivimos; este mundo es un desierto espantoso para muchos del pueblo de Dios. Algunos de nosotros hallamos gusto especial en la providencia divina, pero para otros es una pena terrible. Nosotros empezamos el día con una oración a Dios y oímos el canto de alabanza a menudo en nuestros hogares; pero apenas hemos levantado nuestras rodillas por la mañana, que somos saludados con blasfemias e improperios. Nos dirigimos al trabajo y se nos aflige con nefandas conversaciones como al justo Lot en Sodoma. ¿Podemos andar siquiera por una avenida sin que sean acosados nuestros oídos por el lenguaje más soez?

Definitivamente, el mundo no es amigo de la gracia. Y lo mejor que podemos hacer es terminar con él cuanto antes, porque moramos en campo enemigo; en cada matorral se esconde algún ladrón... Es preciso andar con la espalda protegida, con la espada de la oración desenvainada; porque hemos de luchar en cada pulgada del camino. No te equivoques en este punto, si quieres evitar la desilusión más amarga. ¡Oh, Dios, ayúdanos y confírmanos hasta el fin! Si no, ¿dónde pararemos?

La verdadera religión es sobrenatural en su principio, es sobrenatural en su continuación y es sobrenatural en su final. Es obra de Dios desde el principio hasta el fin. Y es necesario que su divina mano sea extendida todavía para darnos perseverancia y guardarnos de las caídas.



# 14. Confirmación

*«El cual también os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo» (1 Co. 1:8).*

Deseo llamar tu atención a la seguridad que Pablo confiadamente esperaba cual beneficio de todos los santos. Ésta es la clase de confirmación que ante toda otra cosa debemos desear. Como ves, presupone el texto que las personas están en lo recto, en la verdad, y propone que sean afirmadas en ello. Terrible fuera confirmar a una persona en sus caminos de pecado y error. Considerémonos un borracho confirmado, un ladrón confirmado o un embustero confirmado. Sería cosa deplorable confirmar a una persona en su incredulidad y en su impiedad. Solamente podrán disfrutar de la confirmación divina los que ya han visto la gracia de Dios manifestada en sus vidas. Y esta confirmación es obra del Espíritu Santo, el que da la fe, la fortalece y confirma; el que enciende la llama del amor divino en nosotros la preserva y aumenta.

Así, lo que nos hace saber en su instrucción primaria el buen Espíritu, nos hace saber con más claridad y certeza mediante enseñanza repetida. Además, confirma los hechos santos volviéndolos hábitos establecidos y emociones santas, en condiciones permanentes. Por la experiencia y práctica confirma, pues, nuestra fe y nuestros propósitos. De este modo, tanto nuestras alegrías como nuestras penas, nuestros éxitos como nuestros fracasos quedan santificados para el mismo fin, igual que el árbol arraigado y robusto, ya sea en tiempos de lluvia o de viento tempestuoso. Porque la mente queda instruida y por el aumento del saber acumula razones para perseverar en el buen camino; también, el corazón queda consolado, y así se apega más y más a

la verdad consoladora. Apretándose la acogida y fortaleciéndose la cuerda, el creyente resulta más sólido y robusto.

No se trata aquí de un crecimiento meramente natural, sino de una obra tan claramente del Espíritu como la conversión misma. Y el Señor lo concederá con toda seguridad a los que confíen en Él para la vida eterna. Por su operación en nuestro interior, nos libraré de ser «inestables como líquido», haciéndonos firmes y arraigados. Esta edificación en Cristo Jesús es parte de la obra de la salvación, que nos hace permanecer en Él.

Querido lector, diariamente puedes esperar esta gracia y tu esperanza no quedará burlada. El Señor en quien confiaste hará como el árbol plantado junto a arroyos de aguas, tan bien guardado que ni su hoja se marchitará. ¡Qué fuerza para la iglesia es el cristiano confirmado! Es consuelo para los afligidos y apoyo para los débiles. ¿No quisieras tú ser así? Los creyentes confirmados son columnas en la casa de Dios. Éstos no son llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina, ni quedan trastornados por la tentación repentina. Al contrario, son un gran apoyo para otros, anclas en el tiempo de dificultad. Tú que estás principiando la vida espiritual apenas puedes esperar que llegues a ser como ellos. Pero no debes temer, pues el Señor obrará en ti como en ellos. Sí, algún día, tú, que hoy eres un párvulo en Cristo, serás un padre en la iglesia. Espera cosa tan grande; pero espérala como don de gracia y no como salario por obra o producto de tu fatiga.

El apóstol Pablo se refirió a este tipo de estas personas como «confirmadas hasta el fin». Esperaba el apóstol que la gracia de Dios les guardara personalmente hasta el fin de sus vidas, o hasta la venida del Señor Jesús. En realidad, esperaba que toda la iglesia de Dios, en todo lugar y en todo tiempo, fuera guardada hasta el fin de la dispensación, hasta la venida del Señor Jesús, quien ha de regresar como esposo para celebrar las bodas con su esposa perfeccionada, que es la Iglesia. Todos los que están en Cristo serán confirmados en Él hasta ese día glorioso:

«Porque Yo vivo, también vosotros viviréis» (Jn. 14:19).

También dijo el Salvador:

«Yo les doy vida eterna; y no perecerán para siempre, ni nadie les arrebatará de mi mano» (Jn. 10:28).

«El que ha empezado la buena obra en vosotros, la perfeccionará hasta el día de Cristo» (Fil. 1:6).

Esta obra de la gracia en el alma no es una reforma superficial, sino que la vida infundida en el nacimiento nuevo viene de simiente incorruptible que vive y permanece eternamente. Tampoco las promesas de Dios a los creyentes son de naturaleza transitoria, sino que abarcan para su cumplimiento toda la carrera del creyente hasta que llegue a la gloria sin fin. Somos guardados por el poder de Dios, mediante la fe, para la salvación eterna:

«Proseguirá el justo su camino» (Job 17:9).

Esto es, no como resultado de su propio mérito o fuerza, sino como favor inmerecido «son guardados los creyentes en Cristo Jesús». El Buen Pastor no perderá las ovejas de su rebaño; no morirá ningún miembro de su cuerpo, no faltará ninguna joya de su tesoro cuando venga a juntarlas. Querido lector, la salvación por fe recibida no es cosa de meses o de años, porque nuestro Señor Jesús nos ha conseguido «salvación eterna», y lo eterno no tiene término.

Pablo declaró también que su esperanza respecto a los santos de Corinto era que fueran «confirmados hasta el fin, sin falta». Esta condición, sin falta, es una parte preciosa de la gracia de ser guardados. Y ser guardado santo es más que ser guardado salvo. Es bien triste ver gente religiosa tropezar y caer de una falta en otra peor: nunca han creído en el poder de Dios para guardarles sin falta. La vida de algunos que profesan ser cristianos consiste en una serie de tropiezos que no parecen dejarles bien tendidos, pero tampoco nunca bien derechos. Tal vida no conviene al creyente: su vocación es andar con Dios, y por la fe puede llegar a perseverar firme en la santidad, lo que urge que haga. El Señor es poderoso no sólo para salvarnos del infierno, sino para guardarnos de caída. No hay necesidad de ceder a la tentación:

«El pecado no se enseñoreará de vosotros».

El Señor es poderoso para guardar los pies de sus santos, y lo hará si nos entregamos a Él confiados en que lo hará. No hay necesidad de manchar el vestido; por su gracia podemos ser guardados sin mancha del mundo: ésto es nuestro deber, porque «sin santidad nadie verá al Señor» (He. 12:14).

El apóstol profetizaba prediciendo para los creyentes de Corinto lo que debiéramos nosotros buscar, a saber, que seamos guardados irreprochables, «sin falta, hasta el día del Señor Jesucristo». Haga Dios que en ese gran día nos veamos libres de toda reprensión, de suerte que nadie en el universo entero se atreva a disputarnos el aserto de que somos los redimidos del Señor. Tenemos faltas y flaquezas, de las cuales nos lamentamos, pero no son de naturaleza que demuestre que vivamos separados de Cristo: viviremos ajenos a la hipocresía, al engaño, al odio, al placer en el pecado, porque tales cosas serían acusaciones fatales. A pesar de nuestros fracasos involuntarios, el Espíritu Santo puede obrar en nosotros produciendo un carácter sin falta a la vista humana, de manera que, como Daniel, no demos ocasión a las lenguas acusadoras, excepto en los asuntos de nuestra fe religiosa. Multitud de hombres piadosos, como también de mujeres piadosas, han dado pruebas de vida tan pura y del todo genuina que nadie les ha podido, en justicia, reprender. El Señor podrá decir de muchos creyentes como dijo de Job al aparecersele Satanás:

«¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la Tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?» (Job 1:8).

He aquí lo que debe anhelar y tener por objeto el lector, confiando en que, Dios mediante, lo alcanzará. Tal es el triunfo de los santos: continuar «siguiendo al Cordero por dondequiera que va» (Ap. 14:4); manteniendo la integridad delante del Dios viviente. No entremos jamás en caminos torcidos, dando lugar a que blasfeme el adversario. Está escrito, respecto al verdadero creyente:

«Se guarda a sí mismo y el maligno no le toca» (1 Jn. 5:18).  
¡Haga Dios que así se escriba respecto a nosotros!

Amigo que ahora empiezas a vivir la vida divina, el Señor puede comunicarte un carácter irreprochable. Aun cuando en lo pasado hayas cometido pecados graves, el Señor es poderoso para librarte del todo del poder de antiguos vicios y hábitos, haciéndote un ejemplo de virtud. Más aún, no solamente puede hacer-te hombre moral, sino que aborrezcas todo camino de falsedad, y seguir en pos de todo lo que es santo. No lo dudes: el primero de los pecadores no necesita quedar atrás del más puro de los santos. Cree esto, y según tu fe te será hecho...

¡Cuánta bienaventuranza será el hallarnos irreprochables en el día del juicio! No cantamos en falso al prorrumper este himno:

«Serenamente miro ese día:

¿quién me acusará?

En el Señor mi ser confía:

¿quién me condenará?».

¡Qué bienaventuranza será poder disfrutar de ese valor, fundado en la redención de la maldición del pecado por la sangre del Cordero, cuando el Cielo y la Tierra huyan de la faz del Juez de todos! Esta bienaventuranza será la suerte de todos cuantos fijan la vista de la fe exclusivamente en la gracia de Dios, en Cristo Jesús y en esa potencia sagrada que libra batalla continua contra todo pecado.





## 15. ¿ Por qué perseveran los santos?

*«Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor» (1 Co. 1:9).*

Ya hemos visto que la esperanza que llenaba el corazón de Pablo respecto a los hermanos de Corinto llena de consuelo a los que temen tropezar y caer en lo futuro. Pero, ¿por qué creía que los hermanos serían confirmados hasta el fin? A saber, porque «fiel es Dios»; el apóstol no dice: «Vosotros sois fieles». ¡Ay de la fidelidad del hombre! Es de poco peso, vanidad. No dice: «Tenéis ministros fieles para guiaros y, por tanto, confío que seréis guardados». No, no. Si somos guardados por el hombre, seremos mal guardados. Pablo dice: «Dios es fiel». Esto es, si nosotros somos fieles, es porque Dios es fiel. Todo el peso de nuestra salvación debe descansar, pues, en la fidelidad de nuestro Dios del Pacto, ya que sobre este glorioso atributo de Dios reposa todo. Nosotros somos cambiadizos como el viento, frágiles como la telaraña, inestables como el agua. No podemos depender de nuestras cualidades naturales, ni de nuestros conocimientos espirituales, pero Dios permanece fiel. Él es fiel en su amor: no conoce variación, ni sombra de cambio. Es fiel en sus propósitos: no principia una cosa dejándola sin acabar. Es también fiel en sus relaciones: como Padre no negará a sus hijos, como Amigo no faltará a su pueblo, como Creador no abandonará la obra de sus manos. Es fiel a sus promesas, y ni una de ellas dejará de cumplir. Es fiel a su pacto que ha establecido con nosotros en Cristo Jesús, ratificándolo con la sangre de su sacrificio. Es fiel igualmente a su Hijo y no permitirá que en vano haya derramado su sangre. Es fiel, finalmente, para con su pueblo, al cual ha prometido vida eterna y que no dejará, ni abandonará.

Esta fidelidad de Dios es el fundamento y piedra angular de nuestra esperanza de perseverar hasta el fin. Los santos perseverarán en la santidad, porque Dios persevera en la gracia. Él continúa guardando a su pueblo y, como resultado, continúa guardando sus mandamientos. He aquí un fundamento sólido y bueno en el cual descansar: «Todo por Gracia». Así es que la gracia inmerecida y la misericordia infinita anuncian la aurora de la salvación y resuena la misma «buena nueva» melódicamente por todo el día de la gracia.

Ves, entonces, cómo las únicas razones que tenemos para esperar que seamos confirmados hasta el fin y hallados irreprochables en el día de Cristo se hallan en nuestro Dios. Pero en Él estas razones son de gran manera abundantes. Consisten, primero, en lo que Dios ha hecho. Hasta tal punto nos ha bendecido, que le es imposible volver atrás. Pablo nos recuerda que Dios «nos ha llamado a la comunión con su Hijo Jesucristo». ¿Nos ha llamado? Entonces, el llamamiento no puede ser revocado, «porque sin arrepentimiento son las mercedes y vocación de Dios» (Ro. 11:29). El Señor nunca se retrae de su vocación positiva de la gracia:

«A los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó» (Ro. 8:30).

Ésta es la regla invariable en el proceder divino. Hay un llamamiento general, del cual se dice que «muchos son llamados, pero pocos los escogidos» (Mt. 22:14); pero el llamamiento del cual ahora hablamos es diferente, distinguido por amor especial, requiriendo la posesión de aquello a lo que somos llamados. En este caso, el llamado se halla en la condición de la simiente de Abraham, de la cual dijo el Señor:

«Te tomé de los extremos de la Tierra y de sus principales te llamé, y te dije: *Mi siervo eres tú; te escogí, y no te deseché*» (Is. 41:9).

En lo que ha hecho el Señor vemos una razón poderosa para nuestra protección y gloria futuras, ya que nos ha llamado a la participación de su Hijo Jesucristo. Participación equivale a *tener alguna parte en común con Jesucristo*, y desearía que pensaras bien en

el significado de esto. Si en verdad has sido llamado por la gracia divina, has entrado en comunión con el Señor Jesucristo, de suerte que en conjunto poseéis todas las cosas. Así que a la vista del Altísimo eres uno con Él. El Señor Jesús llevó tus pecados en su cuerpo sobre el madero, hecho maldición por ti y, al mismo tiempo, Él ha llegado a ser tu justicia, de modo que estás justificado en Él: tú eres de Cristo, y Cristo es tuyo. Dicho de otra manera, como Adán representa a todos sus descendientes, así Jesús a todos los que están en él. Como el marido y la esposa son uno, así Jesús es uno con todos los que se le han unido en un lazo espiritual y legítimamente inquebrantable. Más todavía, los creyentes son miembros del cuerpo de Cristo, y así son uno con Él por una unión de amor, viva y permanente. Dios nos ha llamado a esta participación, comunión e unión, y por este hecho mismo nos ha dado señal y garantía de ser confirmados hasta el fin. Si nos considerase Dios aparte de Cristo, resultaríamos unidades pobres, perecederos, pronto disueltos y llevados a la destrucción; pero siendo uno con Cristo, somos participantes de su naturaleza y dotados de su vida inmortal. Nuestro destino está ahora unido al de Cristo y, entre tanto que Él no sea destruido, no es posible que perezcamos nosotros.

Medita mucho en esta participación con el Hijo de Dios, a la cual has sido llamado, porque en ella está toda tu esperanza. Nunca puedes ser pobre mientras que Jesús sea rico, ya que eres partícipe de lo suyo. ¿Qué te podrá faltar, si eres copropietario con el Amo del Cielo y de la Tierra? Tú no podrás quebrar, por muy endeudado que estés, ya que tu socio, Cristo, es inconcebiblemente rico en tesoros inagotables. Mediante tal participación, te hallas por encima de toda depresión del tiempo, de los cambios futuros y del descalabro del fin de todas las cosas. El Señor te ha llamado a la participación de su Hijo Jesucristo y, por este hecho y obra, te ha colocado en una posición infaliblemente segura.

Definitivamente, debes ser confirmado hasta el fin, hasta el día de su manifestación, si de cierto has sido hecho uno con Él

por un hecho irrevocable de Dios. Cristo y el creyente se hallan en el mismo barco: a no ser que Jesús se hunda, el creyente no se ahogará. Jesús ha admitido a sus redimidos en relación tan íntima consigo mismo que primero será herido, deshonrado y vencido antes de que sea dañado el más pequeño de sus rescatados. Su Nombre consta en el encabezamiento del establecimiento, y hasta que pierda Él su crédito, estamos asegurados contra todo temor de bancarrota.

Así que vayamos adelante, con la mayor confianza, al futuro desconocido, eternamente unidos a Jesús, y cuando griten los hombres del desierto: «¿Quién es ésta que sube del desierto recostada sobre su amado?» (Cnt. 8:5), confesaremos gustosamente que nos recostamos en Jesús y que pensamos apoyarnos en Él cada vez más. Nuestro fiel Dios es una fuente rica que sobreabunda en deleites y nuestra participación con el Hijo de Dios es como un río lleno de gozo. Conociendo estas cosas gloriosas como las conocemos, ¿cómo nos atrevemos todavía a desanimarnos?

«¿Quién nos separará (*acaso*) del amor de Cristo?» (Ro. 8:35).

# DESPEDIDA DEL AUTOR

«Te conjuro...»

Si el lector no me ha seguido paso a paso conforme haya leído estas páginas, lo siento de veras. De poco valor es la lectura de un libro, a no ser que las verdades que se presentan en la mente sean comprendidas, apropiadas y llevadas a la práctica. Parece esto al que contempla los alimentos copiosos en un escaparate de casa de comidas y queda, sin embargo, hambriento por no comer personalmente de ellos.

En vano, querido lector, nos hemos encontrado tú y yo, a no ser que hayas aceptado por fe viva a Cristo Jesús, mi Señor. Por mi parte, hubo un interés sincero de hacerte bien y he hecho lo mejor que he podido para este fin. Siento no haberte podido comunicar todo lo que el conocimiento de la gracia ha significado en mi propia vida y hacer que vibraras igual que yo. Bien sabe Dios que pensaba en ti al escribir estas páginas y, dejando caer la pluma, me arrodillé y pedí solemnemente al Padre que te bendijera. Estoy segurísimo de que gran número de lectores serán bendecidos por su lectura, aun cuando tú no quieres ser de este número.

Pero, ¿por qué rehusarás tú mi testimonio? Si no deseas la bendición especial que yo te hubiera llevado, concédeme al menos el favor de admitir que la culpa de tu condena final no me la imputarás a mí. Así, al encontrarnos los dos ante el gran trono blanco, no podrás culparme de haber usado mal la atención que bondadosamente me concediste al leer esta pequeña obra. Dios es mi testigo que escribe cada renglón para tu bien eterno. En espíritu pongo ahora mi mano en la tuya y te doy un firme apretón. ¿Lo sientes? Con lágrimas en los ojos te miro, diciendo:

«¿Por qué quieres morir? ¿No quieres dedicar un momento a los asuntos de tu alma? ¿Querrás perecer por puro descuido?». ¡Lejos sea esto de ti! Pesa solemnemente estas cosas, poniendo fundamento firme para la eternidad. No rehúses a Jesús, su amor, su sangre, su salvación. ¿Por qué lo harías? ¿Podrás hacerlo? ¡Te conjuro que no vuelvas la espalda a tu Redentor!

Si, en cambio, mi oración ha tenido contestación y tú, querido lector, has sido conducido a confiar en el Señor Jesús aceptando su salvación que es por gracia, en tal caso, aférrate para siempre a esta doctrina y a este modo de vivir y proceder. Sea Jesús tu todo en todo y permite que la gracia inmerecida sea la regla única por la cual vivas y te muevas. Pues no hay vida como la del que vive disfrutando del favor de Dios...

Recibir todo cual don gratuito, esto guarda la mente del orgullo del mérito propio y del remordimiento de las acusaciones de la conciencia desesperada. Esta vida por gracia calienta el corazón llenándolo de amor agradecido y, de este modo, produce un sentimiento en el alma infinitamente más aceptable para Dios que todo cuanto pudiera proceder de un temor de esclavo; a saber, aquellos que procuran salvarse haciendo lo mejor que pueden, y que no saben nada del fervor ardiente, del santo celo, del gozo en Dios, que nace de la salvación gratuita recibida según la gracia de Cristo. El espíritu de servidumbre de la salvación mediante el mérito propio, o sea, por el cumplimiento de los mandamientos, nada tiene de comparable con el espíritu gozoso de la adopción. Más virtud real hay en la menor emoción de la fe que en todos los esfuerzos del esclavo de la ley o en toda la maquinaria de los devotos que procuran subir al Cielo por la escalera de las ceremonias. La fe es cosa espiritual, y Dios, que es espíritu, se deleita en ella por esa razón. Años enteros de rezos, de acudir a las iglesias, a las capillas, a los santuarios, años enteros de ritos, de ceremonias, de penitencias, pueden ser otras tantas abominaciones a la vista de nuestro Padre Celestial. Pero una mirada nacida de la verdadera fe es espiritual y, por lo mismo, a su gusto:

«El Padre a tales adoradores busca» (Jn. 4:23).

Esto es, ocúpate primero del hombre interior y de la parte espiritual de la religión, y lo demás vendrá a su debido tiempo.

Luego, si eres salvo tú mismo, busca la salvación de otros, ya que tu propio corazón no prosperará, a no ser que esté lleno de intensa solicitud por la bendición de tus semejantes. Porque la vida de tu alma está en la fe; pero su salud está en el amor. El que no anhela llevar a otros a Jesús nunca ha vivido encantado por el amor. Entra, pues, en el trabajo, en la obra del Señor, la obra del amor. Empieza por tu propia familia. Visita después a los vecinos. Ilumina el pueblo o la calle donde vives... Siembra la Palabra de Dios por doquier lleguen tus fuerzas.

Si acaso los convertidos llegasen a ganar a otros, ¿quién sabe qué brotará de mi pequeño libro? Ya empiezo a cantar «gloria a Dios» por las conversiones que se producirán... Probablemente, la parte principal de los resultados se verán cuando la mano que formula esta página yazca paralizada en el sepulcro.

Querido lector, ¡encuétrame en el Cielo! ¡No bajas al infierno! Porque no hay modo de volver de ese antro de miseria. ¿Por qué quieres entrar en el camino de la muerte, estando abiertas delante de ti las puertas del Cielo? No rechaces el perdón gratuito, la salvación plena que Jesús concede a los que confían en Él. No dudes, ni te detengas. Bastante has pensado ya. ¡A la obra de una vez! Cree en el Señor Jesús decididamente. Acuérdate, alma, de que este asunto puede determinarse en este mismo momento... Acude al Señor sin tardar. Ten presente que ahora puede estar decidiéndose tu salvación o tu perdición, siendo hoy mismo tu *ahora* o tu *nunca*. Hazlo *ahora*, y evita el terrible *nunca*.

¡Adiós! Mas no para siempre; esto te encargo: ¡Encuétrame en el Cielo!

